

Juan Carlos Pereira (coord.)

Historia de las relaciones internacionales contemporáneas

2.^a edición actualizada

Ariel Ciencia Política

1.ª edición: abril de 2001
2.ª edición actualizada: febrero de 2009

© 2001 y 2009: Juan Carlos Pereira Castañares (coordinador), María Dolores Algora, Adela M.ª Alija Garabito, Rafael Calduch, M.ª Jesús Cava Mesa, Matilde Eiroa San Francisco, Pilar Folguera Crespo, Rafael García Pérez, Carmen de la Guardia Herrero, Sylvia L. Hilton, Montserrat Huguet Santos, Encarnación Lemus López, Ricardo M. Martín de la Guardia, Pedro Antonio Martínez Lillo, Ricardo Miralles, Antonio Moreno Juste, José Luis Neila Hernández, Pedro Pérez Herrero, María José Pérez del Pozo, Guillermo A. Pérez Sánchez, Javier Ponce, Agustín Sánchez Andrés, Carlos Sanz Díaz, Federico Sanz Díaz, Rosario de la Torre del Río, Hipólito de la Torre Gómez, Juan Bautista Vilar Ramírez, María José Vilar y Ángel Viñas

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:
© 2001 y 2009: Editorial Ariel, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 260 - 08034 Barcelona

ISBN 978-84-344-1835-6

Depósito legal: M. 619 - 2009

Impreso en España por
Artes Gráficas Huertas, s. a.
Camino Viejo de Getafe, 60
28946 - Fuenlabrada (Madrid)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ÍNDICE

<i>Autores</i>	XVII
<i>Introducción</i> , por JUAN CARLOS PEREIRA CASTAÑARES	XIX

PRIMERA PARTE

LA HISTORIA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

CAPÍTULO 1. Del Estado a la sociedad en la historia de las relaciones internacionales , por JUAN CARLOS PEREIRA CASTAÑARES y JOSÉ LUIS NEILA HERNÁNDEZ	3
1. El punto de partida: las relaciones internacionales como disciplina autónoma	4
2. El lugar de la Historia en la ciencia de la sociedad internacional	13
3. La «isla» de la historia de las relaciones internacionales en el «archipiélago» de la historia	17
4. Escuelas y tendencias historiográficas	24
5. Del Estado a la sociedad en la historiografía sobre la historia de las relaciones internacionales	31
<i>Lecturas recomendadas</i>	34
CAPÍTULO 2. El estudio de la sociedad internacional contemporánea , por JUAN CARLOS PEREIRA CASTAÑARES	37
1. La sociedad internacional	37
2. Los sistemas internacionales	40
2.1. Actores	42
2.2. Factores condicionantes	47
2.3. La estructura del sistema internacional	51
3. Los procesos de relación: de la cooperación al conflicto	58
<i>Lecturas recomendadas</i>	62

SEGUNDA PARTE

EL CONCIERTO EUROPEO Y EL DESPERTAR DE LAS NACIONES (1800-1871)

CAPÍTULO 3. Del Imperio napoleónico al Congreso de Viena. El «concierto europeo» (1804-1820) , por ADELA MARÍA ALIJA GARABITO	65
1. El Imperio napoleónico	66
1.1. La campaña de Rusia	69

PRIMERA PARTE

LA HISTORIA DE LAS RELACIONES
INTERNACIONALES

CAPÍTULO 1

DEL ESTADO A LA SOCIEDAD EN LA HISTORIA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

por JUAN CARLOS PEREIRA CASTAÑARES
*Catedrático de Historia Contemporánea
Universidad Complutense de Madrid*

y JOSÉ LUIS NEILA HERNÁNDEZ
*Profesor titular de Historia Contemporánea
Universidad Autónoma de Madrid*

Desde la prudencia que ineludiblemente ha de acompañar a cualquier abstracción y simplificación de la realidad histórica, del Estado a la sociedad bien podría ilustrar, a nuestro modesto entender, la naturaleza dinámica de las relaciones internacionales. Circunstancia innata a cualquiera de las dos acepciones, que en opinión de Esther Barbé, convergen en dicho término, designando, por un lado, un «sector de la realidad social» y, por otro, su consideración como «disciplina científica». Una doble dimensión caracterizada a su vez por la constante interacción e interdependencia entre el objeto y el sujeto.

El historiador, del mismo modo que otros científicos sociales, ha sido y es creador de nuestra visión del mundo. Desde este prisma el propio Fernand Braudel llegaría a afirmar que la «historia es la imagen de la vida en todas sus formas». La actitud del historiador, en este sentido, deviene, más allá de su propio oficio, en un compromiso intelectual con su mundo y su tiempo. Coqueteando con la inquietud ética y estética de escritores que en su momento paladearon con intensidad su tiempo, revelaciones como las de Stendhal al entender que la novela era «un espejo que el escritor pasea a lo largo del camino» o de Goethe para quien «el principio y el fin de toda escritura es la reproducción del mundo en torno a mí, a través del mundo interior que todo lo capta», revierten en un esfuerzo por retratar la sociedad contemporánea, cometido desde el cual el historiador entreteje su red interpretativa.

Al aproximarnos al estudio de las relaciones internacionales, como objeto de análisis y como disciplina científica —en cuyo haz discurre el conocimiento histórico—, algunos historiadores como Brunello Vigizzi han insistido en la necesaria contextualización y periodización para conocer no sólo la

realidad social sino también las condiciones sociales del conocimiento. En un Coloquio celebrado en París en 1985, el historiador italiano incidía en la conveniencia de historiar no sólo las fuentes y el modo de leerlas, sino también las relaciones entre las ciencias sociales y la historia.

Prisionero de su tiempo, en el sentido braudeliano, el historiador interroga al pasado bajo la influencia de sus circunstancias personales y las pautas de pensamiento preeminentes en su entorno cultural. Asimismo, las tendencias dominantes de la investigación histórica en un momento determinado rara vez son, en opinión de René Girault, neutrales. El constante diálogo entre el historiador y otros analistas sociales con el pasado siempre se ejercita desde el horizonte del presente. En el ámbito de las relaciones internacionales es una estrategia recurrente tornar la mirada al pasado para alumbrar respuestas a los desafíos del presente. Esa rutina es evidente en planteamientos tan actuales como el rastreo de los orígenes y las formas que han ido configurando la actual sociedad internacional o el estudio de los sistemas internacionales pretéritos en coyunturas de transición, como lo ilustra el debate en pos del nuevo orden mundial de la posguerra fría.

Desde estas premisas, del Estado a la sociedad en las relaciones internacionales nos suscita una base interpretativa fiable, aunque elemental, para llevar a cabo el modesto empeño de estas páginas, la aproximación a la evolución y la naturaleza de la inquietud intelectual por analizar y comprender la realidad social internacional, desde la historia de las relaciones internacionales en su proceso constitutivo y el horizonte de las ciencias sociales.

1. El punto de partida: las relaciones internacionales como disciplina autónoma

Para entender el papel de la ciencia histórica en la llamada «ciencia de la sociedad internacional», debemos de partir de una simple pregunta: ¿qué entendemos por relaciones internacionales y en su aspecto más sustancial por lo «internacional»? Los primeros pasos con los que encamina Daniel Colard su estudio introductorio a las relaciones internacionales se ciernen sobre la génesis y la semántica del término «internacional». Éste, en su sentido literal «entre las naciones», fue una noción acuñada por el filósofo inglés Jeremy Bentham a finales del siglo XVIII. No muy lejano en el tiempo y en el concepto a la noción mecanicista de equilibrio de poder formulado por su compatriota David Hume en 1754 con motivo de la publicación *On the Balance of Power*, ambos ejemplos, no los únicos por supuesto, nos sitúan en el curso de una realidad social y un patrón de conocimiento occidentales.

En su naturaleza y su génesis, las relaciones internacionales, como realidad social y como disciplina científica, corporeizan una parte muy significativa de la experiencia histórica de la civilización occidental. En la medida en que Occidente ha desempeñado un papel hegemónico en el mundo en la trayectoria de su modernidad, su sistema o sistemas de relaciones sociales internacionales y sus mecanismos intelectuales para hacerlo inteligible, y a menudo legitimarlo, traducen esa posición privilegiada. Sin embargo, la matriz occidental desde la que se ha ido configurando históricamente la sociedad in-

ternacional, manifiesta en la universalización de alguna de sus creaciones como el capitalismo o el Estado-Nación, o el estatocentrismo dominante en los análisis e interpretaciones de la realidad internacional, no debe considerarse al margen del relativismo prudentemente reivindicado por algunos científicos sociales. Desde este prisma, la sociedad internacional de nuestros días, caracterizada por su interdependencia, heterogeneidad y complejidad, es «aceptada —en palabras de Esther Barbé— de manera general en tanto que organizadora, pero no en tanto que transmisora de valores dentro de un marco cultural dominante».

La configuración de la sociedad internacional actual, mediando un trágico ciclo de guerras mundiales, fue el resultado, como acertadamente vaticinaba Alfred Zimmern, del tránsito desde un mundo determinado por las relaciones entre los Estados hacia un mundo basado en las relaciones entre los pueblos. La noción de relaciones internacionales había de retratar, en consecuencia, un universo social más amplio y complejo. Un universo que no se podía reducir al haz de «relaciones interestatales», el núcleo de lo que constituía —en opinión de Raymond Aron— tradicionalmente las relaciones internacionales, sino en el que se desenvolvían a su vez: las «relaciones internacionales» en sentido estricto, en referencia a las relaciones establecidas entre individuos y entre grupos que pertenecen a naciones diferentes; y las «relaciones transnacionales», que se establecen a través de las fronteras y que están determinadas por colectivos, por organizaciones no explícitamente vinculadas a una entidad política. Mimbres similares, aunque tejidos con otra maestría, se perciben en la definición que Antonio Truyol modela de las relaciones internacionales, al considerarlas «aquellas relaciones entre individuos y colectividades que en su génesis y su eficacia no se agotan en el seno de una comunidad diferenciada y considerada como un todo, que fundamentalmente (pero no exclusivamente) es la comunidad política o Estado, sino que trascienden sus límites». En ambas aproximaciones intelectuales se advierten dos argumentos esenciales en la noción de las relaciones internacionales contemporáneas: la pluralidad de actores, en la que encuentran cabida desde los individuos —los grandes desterrados de la sociedad internacional— hasta las organizaciones internacionales y fuerzas transnacionales, además de los propios Estados; y la superación del cliché espacial de las relaciones interestáticas, y con ello la noción fragmentaria e infranqueable de las fronteras nacionales, dando cabida a las relaciones transnacionales.

En tanto que disciplina científica, la aproximación intelectual a una realidad social tan multidimensional y compleja ha dado lugar a una extraordinaria heterogeneidad terminológica y conceptual en virtud de los diferentes contextos históricos, la pluralidad en las tradiciones culturales o las distintas estrategias en la configuración del campo de estudio. Las «relaciones internacionales», lejos de ser un término aceptado unánimemente por la comunidad académica como representativa de un área de conocimiento, ha convivido y competido a lo largo del presente siglo con otros conceptos y términos como «estudios internacionales», «política internacional» y «política mundial», entre otros. La confusión y la heterogeneidad es mayúscula a la hora de consensuar la terminología entre diferentes comunidades científicas, y no sólo por las barreras idiomáticas.

Estas circunstancias, que denotan el dinamismo de la disciplina, no son menos complejas dentro de tradiciones culturales a priori uniformes, como los ámbitos nacionales. La cuestión, sobre la que han incidido Celestino del Arenal y Esther Barbé, en el mundo anglosajón, valuaré indiscutible de la nueva disciplina, ilustra la importancia de la precisión y la contextualización en la terminología. Así el término «*world politics*» (política mundial) vinculado desde los años sesenta a la concepción globalista de las relaciones internacionales en el terreno de la teoría, ha adquirido con el paso del tiempo nuevos contenidos, análogos a lo que en el viejo continente se considera la historia de las relaciones internacionales. Otro ejemplo ilustrativo puede constatarse en el sistema de catalogación por materias en las bibliotecas de ciencias sociales, emulando el modelo de la Biblioteca del Congreso en Washington, a tenor de la cual se pueden distinguir diversos descriptores: «*world politics*», en el que se incluyen los estudios de historia política en general y narraciones históricas de relaciones entre Estados; «*international relations*» (relaciones internacionales), en el que figuran los trabajos teóricos, y «*foreign policy*» (política exterior), destinado a las publicaciones sobre política exterior de un Estado.

Ambos autores, en el marco de las tradiciones y convenciones dominantes en el viejo continente, asumen la denominación de «relaciones internacionales» como disciplina-marco. A partir de ella, escribe Celestino del Arenal, se abarca: «[...] el conjunto de las relaciones sociales que configuran la sociedad internacional, tanto las de carácter político como las no políticas, sean económicas, culturales, humanitarias, religiosas, etc., tanto las que se producen entre los Estados como las que tienen lugar entre otros actores de la sociedad internacional y entre estos y los Estados. De esta forma [...] puede decirse, en principio, que las relaciones internacionales es la ciencia que se ocupa de la sociedad internacional». Una disciplina matriz que ha ido adquiriendo autonomía científica respecto a otras ciencias sociales y una de cuyas señas de identidad es su carácter transdisciplinar, hasta el punto de convertirse en un elemento central de su definición si atendemos a las palabras de Quincy Wright, al estimarla «al mismo tiempo, una historia, una ciencia, una filosofía y un arte».

Siendo la historia una vía de conocimiento indispensable en una disciplina joven y autónoma en el panorama académico de la última mitad de siglo, la valoración del papel y el lugar de la historia difícilmente se puede realizar con rigor sin contemplar en su conjunto el decurso histórico de los saberes sobre la realidad internacional. Y es desde este ángulo, el de la «historia de las relaciones internacionales» entendida como el «estudio científico y global de las relaciones históricas que se han desarrollado entre los hombres, los estados y las colectividades supranacionales en el seno de la sociedad internacional» —en palabras de Juan Carlos Pereira—, desde el cual pretendemos esbozar el lugar de la historia en lo que muy acertadamente, en nuestra opinión, Celestino del Arenal denomina la «ciencia de la sociedad internacional», en virtud de su propio desarrollo histórico, y la posición de la historia de las relaciones internacionales en el marco general del conocimiento histórico.

Entendida la «ciencia de la sociedad internacional» como marco general del conocimiento en el que se insertan las distintas disciplinas científicas que históricamente se han ocupado de forma explícita de las relaciones interna-

cionales, Celestino del Arenal argumenta que: «[...] el derecho internacional es históricamente la primera disciplina que merece el calificativo de ciencia de la sociedad internacional, seguida posteriormente de la historia diplomática y de la diplomacia, si bien en el siglo XX perderán tal sentido y alcance ante el desarrollo de una nueva disciplina, las relaciones internacionales, que se presenta como la ciencia de la sociedad internacional de nuestros días».

En consecuencia, el contexto histórico y las propias condiciones sociales del conocimiento conferirán un contenido diferenciado a la expresión «ciencia de la sociedad internacional» en virtud de las vías de aproximación intelectual a las relaciones internacionales. Parece pertinente, en este sentido, traer a colación la advertencia de Fred Halliday en torno al desarrollo de las relaciones internacionales como disciplina a partir de tres «círculos concéntricos»: la discusión dentro de la propia disciplina, el impacto de los acontecimientos en el mundo y la influencia de las nuevas ideas provenientes de otras ciencias sociales.

El lugar de la historia en la ciencia de la sociedad internacional nos suscita un doble plano de reflexión: en primer término, el decurso desde la historia diplomática a la historia de las relaciones internacionales en el marco evolutivo general del conocimiento histórico, sobre el que insistiremos más adelante; y en segundo lugar, el perfil y el escenario en el que se desenvuelve la historia de las relaciones internacionales en un orden intelectual determinado por el nuevo estatus de las relaciones internacionales en las ciencias sociales.

El privilegiado punto de mira desde el que la historia —la historia diplomática— y el derecho internacional observaban y conformaban una determinada visión de la realidad internacional hasta bien avanzado el siglo XX, fue dejando paso a un nuevo orden intelectual. Un nuevo orden en el conocimiento del medio internacional, propugnado ya en 1919 por D. P. Heatley en su obra *Diplomacy and the Study of International Relations*, que traducía la inquietud de círculos académicos y políticos por comprender y actuar sobre una realidad internacional en transformación. La emergencia de nuevos fenómenos había de conllevar necesariamente la creación de inéditos instrumentos y métodos de análisis y efectivamente, el ciclo de guerras mundiales en el transcurso del cual se fue cimentando y configurando la sociedad internacional actual, deparó una «revolución» de similar magnitud en el orden intelectual en su comprensión y su construcción. A su vez, la emergencia de las relaciones internacionales, como disciplina científica autónoma, no es sino el reflejo de un proceso más amplio en el marco del conocimiento en torno al hombre como sujeto social, el tránsito —si se nos permite esta licencia— del siglo de la historia al de las ciencias sociales.

Asimilados desde múltiples perspectivas y tradiciones estos cambios en las sociedades occidentales, el ascendiente anglosajón en la concepción y el desarrollo de la sociedad internacional en aquel contexto histórico se dejaría sentir en el origen y la consolidación de las relaciones internacionales como nueva disciplina científica. El inédito panorama académico fue, en palabras de T. L. Knutsen, un «fenómeno atlántico» incubado en el seno de los ideales ilustrados de la tradición atlántica e impulsado por el espíritu wilsoniano a la luz del cual se emprendió la construcción de la paz tras la Primera Guerra

Mundial. La nueva disciplina canalizaba desde el ámbito académico el compromiso por evitar el drama de una nueva contienda y la construcción de un marco de convivencia internacional que garantizase la paz a partir de los cimientos ideológicos del liberalismo. Para un testigo directo de aquellos acontecimientos como Edward Hallett Carr, desde sus planteamientos utópicos la naciente disciplina pretendía dar respuestas a ciertas necesidades sociales. El mismo «deseo de curar la enfermedad del cuerpo político» inspiró e impulsó a la ciencia política.

Las raíces anglosajonas, y más explícitamente americanas, de la nueva disciplina se explican, a su vez, por el menor arraigo de la historia y el derecho en el estudio de la realidad internacional y la emergencia de la ciencia política que ya había alcanzado cierta autonomía universitaria y que estaría estrechamente vinculada al mundo de la política. El papel hegemónico que la ciencia política asumió en las universidades norteamericanas determinará no sólo la forma en que los especialistas norteamericanos orientarán las relaciones internacionales, sino también la propia evolución de la disciplina, participando fielmente en los avatares teórico-metodológicos de la ciencia política. Un liderazgo cultural estimulado e impulsado, obviamente, por el lugar central que habrían de ocupar los Estados Unidos en las relaciones internacionales en el curso del siglo.

El liderazgo internacional de Gran Bretaña, en claro declive en el ciclo de guerras mundiales, no sólo fructificó en la construcción de la paz, especialmente tras la Primera Guerra Mundial, sino en sus iniciativas culturales para comprender y actuar sobre la realidad internacional. Si bien la conformación de las relaciones internacionales como ciencia política emergía con cierto retraso respecto a Estados Unidos, a raíz de su propia tradición científica y académica y ante el protagonismo de la historia y la sociología —y en menor medida del derecho— en los estudios internacionales, los medios intelectuales británicos participaron muy activamente en la consolidación de la nueva ciencia y en el primer gran debate —idealismo *versus* realismo—, que transitó al socaire de la propia evolución del sistema internacional de Versalles y que determinaría los itinerarios de la nueva disciplina tras la Segunda Guerra Mundial por la senda del realismo. Las resistencias suscitadas desde el ámbito de la historia a aceptar la nueva disciplina, coexistían con críticas vertidas por algunos de los defensores del nuevo orden intelectual, como D. P. Heatley, en cuya opinión la historia no hizo demasiado por promover la causa de la paz perpetua.

Fue, por tanto, en esta atmósfera en la que surgieron las primeras iniciativas académicas para promover una educación, unas corrientes de opinión y rigurosos estudios para promover la paz y analizar en su globalidad las relaciones internacionales. Nueva York y Londres serían los escenarios de los primeros centros de investigación en relaciones internacionales —el Council on Foreign Relations y The Royal Institute of International Affairs, respectivamente— creados en 1919 y de los que emanarían las prestigiosas revistas *Foreign Affairs* e *International Affairs*. En los campus universitarios aflorarían, asimismo, las primeras cátedras como la Woodrow Wilson de Relaciones Internacionales dotada por el industrial galés David Davies en Aberyswyth en el año 1918, y cuyo primer destinatario sería Alfred Zimmern, o la de relaciones

internacionales dotada por Montague Burton en 1923 en la London School of Economics and Political Science.

En el continente, donde también había arraigado la literatura y el pensamiento pacifista tanto de cuño liberal como marxista, el creciente interés por los asuntos internacionales transitó dentro de los confines tradicionales del Derecho, la Sociología y la Historia, además de otras disciplinas consolidadas como la Geografía. En consecuencia, el predominio académico del Derecho Internacional y de la Historia Diplomática determinó la mayor parte de los análisis e interpretaciones de la realidad internacional, obstaculizando y aplazando la consolidación de las relaciones internacionales como disciplina autónoma, cimentada en la ciencia política. Aún con diferencias notables en cada comunidad nacional, el resultado ha sido, en opinión de Celestino del Arenal, de «escaso desarrollo de las relaciones internacionales como disciplina científica», en un panorama académico en el que concurren y compiten no sólo los saberes tradicionales —el derecho y la historia— sino también la sociología.

Definidas sucintamente estas pautas, en un momento crucial en el amanecer de un nuevo orden intelectual en el estudio de las relaciones internacionales, no juzgamos estas páginas como el lugar más idóneo para profundizar en las principales claves y los avatares en la evolución de la nueva disciplina científica. Si estimamos, en cambio, indispensable dibujar los contornos y precisar las referencias sobre las grandes líneas y debates en las relaciones internacionales, sin cuya consideración difícilmente podría afrontarse la reflexión en torno a los encuentros y desencuentros entre la Historia y la Teoría, así como el lugar de la historia de las relaciones internacionales en el panorama general del conocimiento histórico.

Tras la consolidación de las relaciones internacionales como disciplina científica tras la Segunda Guerra Mundial, expresión a su vez de la eclosión de las ciencias sociales en el mundo occidental, los sucesivos debates y paradigmas ilustran los esfuerzos de adaptación y de comprensión de la cambiante realidad social internacional. Los grandes debates desde el idealismo-realismo, del período de entreguerras, a la controversia tradicionalismo-cientifismo de las décadas de los cincuenta y sesenta y, por último, el debate interparadigmático de los años ochenta, transcurren, en opinión de Gustavo Palomares, al hilo de las siguientes premisas: «Si en anteriores momentos de la todavía corta historia de las relaciones internacionales como ciencia el objeto de debate estuvo centrado en el campo de estudio, en el concepto o la metodología más adecuada para el análisis de los fenómenos internacionales, desde finales de los años setenta es la cuestión relativa al modelo o diferentes modelos de las relaciones internacionales la que está en el centro del debate teórico que caracteriza esta ciencia».

El modelo de aproximación a las relaciones internacionales, como centro de gravedad del debate interparadigmático, ha sido objeto de una amplia y renovadora literatura especializada. Atentas a la noción de paradigma, han fructificado numerosas interpretaciones y conceptualizaciones sobre la naturaleza, los rasgos y las coordenadas temporales en que han surgido y se han desarrollado. Entendidos los «paradigmas», en palabras del propio Thomas S. Kuhn en 1962, como «realizaciones científicas universalmente reconocidas

que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica», desde estas páginas asumimos el concepto en un sentido amplio y flexible en la misma línea en que lo hacen otros autores, es decir, como una «concepción global del objeto estudiado» y un mapa que ofrece una imagen del mundo y una guía de investigación.

Atendiendo a criterios esenciales como la visión del mundo propia de un enfoque, los actores básicos y la delimitación del objeto de estudio, desde los años ochenta se ha cimentado un cierto consenso al diferenciar los paradigmas concurrentes en la disciplina que, en opinión de Kepa Sodupe, serían: el estatocéntrico, el globalista y el estructuralista. El debate interparadigmático —prosigue— lejos de ilustrar una fase precientífica en la disciplina expresa, en cambio, la «existencia de un paradigma, en su momento respaldado abrumadoramente por la comunidad académica, que ha comenzado a ser cuestionado por visiones alternativas del mundo».

El *paradigma estatocéntrico* ha sido el modelo hegemónico en el estudio de las relaciones internacionales y se ha erigido en el patrón dominante en la nueva disciplina. En opinión de algunos autores, una de las grandes innovaciones europeas, inherente al surgimiento del sistema internacional de Estados, fue la aparición de una tradición de reflexión sobre el comportamiento de los Estados y las relaciones internacionales. En el seno de la tradición de pensamiento hobbesiano, el *realismo* fue, sin duda, el enfoque más ortodoxo, imprimiendo su sello y su visión del mundo tras la Segunda Guerra Mundial y consolidando definitivamente la disciplina desde las tribunas académicas anglosajonas. Portador de una visión eminentemente conflictiva de las relaciones internacionales, asociada al fracaso del sistema internacional de Versalles y el mundo de la Guerra Fría, depositan en el Estado el protagonismo en las relaciones internacionales en un mundo en el que prevalece el «estado de naturaleza». El estatocentrismo fue, asimismo, el patrón en el que se fraguaron tanto el idealismo como el behaviorismo. El primero de ellos, en los balbuceos iniciales de la disciplina, pretendía construir la paz acabando con la anarquía del sistema internacional, vertebrándolo a partir de la analogía nacional. Cuanto mayor fuera la semejanza de la realidad internacional con las realidades nacionales, cimentadas en este caso sobre valores liberales, tanto mayor sería el orden y la armonía en las relaciones internacionales. Por su lado, la revolución behaviorista —a cuya estela se suscitó el debate realismo-cientifismo, si bien es cierto que reforzó el carácter interdisciplinar de las relaciones internacionales introduciendo conceptos, teorías e instrumentos de análisis de otras ciencias y avanzó en líneas temáticas tan representativas como el concepto de sistema y el análisis de la toma de decisiones— no alteró el estatocentrismo dominante. La revolución behaviorista, argumenta Kepa Sodupe, supuso un desafío no tanto a la visión del mundo predominante hasta entonces, como a la concepción realista de lo que constituía una verdadera teoría científica. En suma, «la esencia del behaviorismo radicó en la aplicación de procedimientos científicos al desarrollo del paradigma estatocéntrico».

Desde los años setenta se modelaron aproximaciones globales alternativas al estatocentrismo, desde las cuales se pretendía afrontar la comprensión y el análisis de nuevos fenómenos e inéditos problemas internacionales, como la distensión, la proliferación de nuevos actores internacionales, los cambios

económicos y tecnológicos en un mundo cada vez más interdependiente o la descolonización, a los que el realismo no ofrecía una interpretación adecuada. Entre las nuevas respuestas, el *globalismo* aboga, desde una perspectiva occidental y liberal, por una visión sistémica del mundo que desborda el estrecho marco de los Estados para desplazar su eje de gravedad a la sociedad internacional. Desde esta perspectiva, sin negar la validez del esquema estatocéntrico, la visión sistémica del *transnacionalismo* considera inadecuada la reducción del sistema internacional a un sistema de Estados, en el que actúan un heterogéneo elenco de actores y en el que se precisa estudiar un complejo haz de interacciones.

La otra opción alternativa devendría del *paradigma estructuralista*. Más crítica y antisistema en sus formulaciones, se presenta como heredera de los teóricos del imperialismo, en su mayoría marxistas. Una tradición de pensamiento que desde el siglo XIX ha suscitado una visión del pasado y del mundo alternativa al estatocentrismo. Si bien es cierto que el estructuralismo surgió, en primera instancia, como una crítica a la teoría del desarrollo vigente en Occidente, ha ido asumiendo desde sus múltiples formulaciones —la teoría de la dependencia, el análisis centro-periferia o la teoría del sistema mundo— el carácter de un verdadero paradigma alternativo. En su visión holística del mundo, la unidad de análisis es el sistema capitalista mundial, reformulado por algunos de sus teóricos —como Wallerstein— en términos de civilización capitalista, y su objeto de estudio, el conocimiento de la naturaleza, la evolución y las disfuncionalidades del mismo, en aras de la promoción de un sistema alternativo de convivencia internacional.

Suscitada la cuestión paradigmática en el horizonte más amplio de la ciencia de la sociedad internacional, algunos especialistas como K. J. Holsti llegaron a mediados de los setenta a la conclusión de que las relaciones internacionales se han desarrollado desde el siglo XVII hasta la década de los setenta del siglo XX en el marco de un único paradigma, el estatocéntrico. Éste abarcaba tanto las aportaciones de la filosofía política anteriores al siglo XX como las de las corrientes idealista, realista y behaviorista. El panorama hasta los años noventa proyecta una imagen multiparadigmática en la que el predominio del estatocentrismo es cuestionado por enfoques alternativos que, si bien desde diferentes polos, abundan en una visión holística y «sociocéntrica» superadora no sólo del altar del Estado sino también de la concepción exclusiva de un sistema internacional basado en los mismos. Una circunstancia expresiva de la naturaleza dinámica de la sociedad internacional del pasado fin de siglo en la que el Estado-nación se ha encontrado ante la paradoja resultante de su efectiva universalización y la erosión de sus estructuras y del sacrosanto principio de la soberanía. Algunos autores, caso de Gustavo Palomares, en el contexto de un fin de siglo caracterizado internacionalmente por el fin de la Guerra Fría y la construcción de un nuevo orden mundial, abogan por la necesidad de una «auténtica revolución en el acercamiento de los investigadores a la realidad internacional».

La crisis del paradigma estatocéntrico revela, en suma, la propia transformación de la sociedad internacional y de la disciplina en la translación del eje de gravedad en las relaciones internacionales desde el Estado a la sociedad, en toda su complejidad y multiplicidad considerada y manifiesta en la hete-

roogeneidad y la escala de sus actores, trascendiendo desde el individuo hasta la propia sociedad internacional, y la extraordinaria diversidad de sus interacciones.

Desde los años noventa, el debate interparadigmático iría dejando definitivamente paso al cuarto debate en torno al cual se escenificaría en el seno de la disciplina la interiorización de las incertidumbres y la exploración en el ámbito epistemológico y ontológico de la crisis de la modernidad en el plano de la filosofía de la ciencia y que desde los años ochenta se había ido socializando en el plano de las ciencias sociales. Debate que se vería definitivamente impulsado por los radicales cambios de la sociedad internacional al hilo del desmoronamiento del sistema internacional de la Guerra Fría y la incertidumbre abierta en torno al nuevo orden de cosas en el medio internacional hasta nuestros días, jalonado al socaire de acontecimientos como el ciclo de Guerras del Golfo, el 11-S o la crisis del capitalismo neoliberal de 2007-2008.

En este contexto histórico y en esta encrucijada en el orden intelectual transcurriría el cuarto debate de la disciplina. Un debate escenificado, como acertadamente ha analizado Kepa Sodupe, entre *racionalistas* y *reflectivistas*. Los primeros, herederos de la tradición de la Ilustración, se moverían entre los planteamientos del neorrealismo, caracterizado en la obra de K. N. Waltz y la preocupación en torno a la seguridad y no tanto sobre el poder, y del neoliberalismo, en torno al cual se descentralizaría la preocupación en torno a la seguridad como temática predilecta para ampliar la agenda internacional, especialmente en el plano de la cooperación en diversas áreas de la actividad internacional. Frente a ellos, los enfoques *reflectivistas* plantearían una actitud crítica frente a la filosofía positivista predominante en la disciplina. Una actitud que pretendía advertir de la conveniencia no sólo de proyectar la inquietud intelectual hacia el conocimiento y la explicación de los problemas, acontecimientos y comportamientos en el sistema global, sino también hacia la reflexión sobre el propio proceso de teorización. Más allá de un consenso en torno a las críticas al racionalismo, la elaboración de alternativas ontológicas y epistemológicas se escenificarían en torno a dos líneas de acción: el *constructivismo* y los enfoques *reflectivistas* más radicales.

El primero, que de algún modo asume un *reflectivismo* moderado, se convertiría en el enfoque *reflectivista* más influyente. Desde un plano ontológico, en los debates individualismo-holismo e idealismo-materialismo, propondrían: de un lado, una superación del holismo en sentido estricto, entendiendo que estructuras y agentes se constituyen mutuamente, y de otro, una reivindicación de la trascendencia de las ideas como un componente vital de las estructuras. Y en el plano epistemológico, supone una ruptura con el positivismo, mostrando una evidente inclinación por las teorías constitutivas, en virtud de las cuales es posible establecer el «sentido de las acciones humanas, tomando en consideración el conjunto de significados intersubjetivos existentes en una sociedad». Por su parte, los enfoques *reflectivistas* más radicales —caso de la teoría crítica, el feminismo o el posmodernismo— pondrían mayor énfasis en la denuncia del orden establecido y las posibilidades de transformación del orden social.

2. El lugar de la Historia en la ciencia de la sociedad internacional

El tránsito desde el Estado a la sociedad habilita un itinerario sumamente sugerente para reflexionar sobre el lugar de la historia de las relaciones internacionales en el seno de la ciencia de la sociedad internacional y de la propia historia en su conjunto. La eclosión de las ciencias sociales tras la Segunda Guerra Mundial es un fenómeno esencial para comprender los senderos de renovación en la historia como conocimiento científico. En esta línea argumental, los avatares de las relaciones internacionales como disciplina científica no pueden dissociarse del proceso de construcción de una historia de las relaciones internacionales, superadora de las limitaciones de la historia tradicional decimonónica, en el mundo académico occidental. En este juego de haces, la multidisciplinariedad se ha convertido a lo largo del siglo en un rasgo capital en los estudios sobre las relaciones internacionales. El lugar de la historia de las relaciones internacionales en el marco de las ciencias sociales que se ocupan de la realidad internacional y el desafío por hacer de la historia un «estudio científicamente elaborado» —en expresión de Lucien Febvre— ha acaparado el interés de algunos historiadores y científicos sociales desde el prisma de la relación entre historia y teoría.

A grandes trazos, el debate historia-ciencia se ha desarrollado durante buena parte del siglo entre la pretensión positivista de hacer de la historia una ciencia, a partir de una noción global y uniforme de método científico, y la dicotomía historia-ciencia, en la noción popperiana, de acuerdo con la cual la historia no es una ciencia en un sentido ortodoxo, pues carece de teorías científicas globales y unificadoras al estar en su esencia ligada a los hechos específicos y su explicación causal, que es también específica, y no existe —en palabras de Pedro Ruiz Torres— una «historia del pasado tal y como ocurrió, sino interpretaciones históricas y cada generación tiene derecho a las suyas propias».

La construcción de una «nueva historia» como reacción al historicismo en la primera mitad del siglo XX, en cuyo contexto luego situaremos la transición de la «historia diplomática» a la «historia de las relaciones internacionales», implica por tanto el esfuerzo por construir una historia científica en el marco de la revolución de las ciencias sociales. Encarnada su versión más radical en la formulación de la «*nouvelle histoire*» de la Escuela de *Annales*, la gran aportación desde el plano del discurso del método es el hecho de situar la observación empírica bajo el prisma del planteamiento teórico previo. Es decir, la interpretación de los indicios y mensajes del pasado a partir de la formulación de una teoría. Este esfuerzo, asumido desde el carácter interdisciplinar del conocimiento histórico con otras ciencias, fructificó en la pretensión de globalidad científica auspiciada por *Annales* desde sus tiempos fundacionales hasta su madurez. En este sentido, desde «la perspectiva que pone el acento en el proceso de elaboración de una teoría científica de la sociedad según un modelo uniforme de ciencia, el problema del método entronca con el proyecto de una gran ciencia de lo social». Un esfuerzo que en el contexto de los años cincuenta y sesenta enraza en las claves del debate tradicionalismo-cientifismo.

El fracaso del proyecto ilustrado de un saber histórico de carácter universal, racional y metódico, se puso de manifiesto en el precario equilibrio de la

historia respecto a otras ciencias sociales y que en el caso de *Annales* derivó en la disolución de la «historia en una ciencia social» y la renuncia en el seno de la Escuela a aquel proyecto de globalidad científica. El desmenuzamiento (*émiettement*) y el posterior giro crítico (*tournant critique*) que caracterizó su devenir posterior es una forma de expresión del debate suscitado en la posmodernidad respecto al saber histórico y, en especial, como reacción frente a los modelos deterministas de la historia científica y, en un plano más general, sobre la filosofía de la ciencia. Lo que se discutía, en este último sentido, era el «final de una concepción lógico-positiva de la ciencia y, por tanto, el concepto clásico de disciplina, que quedó sensiblemente modificado a medida que se cuestionaba una concepción única y uniforme del saber objetivo». Noción a las que se llegaba mientras se contemplaba una nueva imagen de la ciencia, en el sentido ya planteado por Thomas Kuhn, menos rígida, más pluralista y más relativa en la que había lugar al reconocimiento de la diversidad de modelos explicativos en el interior mismo de la ciencia.

En el horizonte del debate suscitado por la posmodernidad concurre el debate interparadigmático y el eclecticismo reinante en la teoría de las relaciones internacionales y el conocimiento histórico de las relaciones internacionales. Es en este mismo escenario, junto a otras claves explicativas, en el que se han insertar argumentaciones tendentes a relativizar el alcance y la naturaleza del conocimiento científico de la realidad social. Jacques Freymond afirmaba en 1991 que la búsqueda de la «teoría general de las relaciones internacionales se había caracterizado por sus fracasos» y la constatación de sus limitaciones como instrumento de análisis y de previsión. Desde la arena de la ciencia política, Celestino del Arenal juzgaba que el resultado de la teoría internacional hasta fechas recientes había actuado más como una «ideología» del sistema de Estados-nación que como una teoría explicativa del tipo de las ciencias sociales.

Al inicio de estas páginas suscribíamos que historiadores y teóricos de las ciencias sociales forjaban una imagen del mundo y del pasado propia de cada momento histórico. Esta afirmación apuntaba al mito de la neutralidad de la ciencia, acerca del cual Thierry Hentsch argumentaba que la estructuración que de la realidad se hacía desde la actividad científica nunca era totalmente neutral. Desde el seno mismo de la historiografía francesa sobre la historia de las relaciones internacionales, esta tesis era compartida por René Girault al criticar el positivismo, y en el caso de Jean-Baptiste Duroselle era formulada en términos que evocaban una convicción dual en el debate entre ciencia e historia. Al afrontar la construcción de una teoría de las relaciones internacionales desde la historia, Jean-Baptiste Duroselle convenía en que las «ciencias humanas no deben seguir el modelo de las ciencias de la naturaleza, y que deben encontrar su propio método». Estas valoraciones evidenciadas en el caso específico de la historiografía francesa una sensibilidad diferenciada de la historia de las relaciones internacionales respecto de la Escuela de *Annales* en la forma de interiorizar el debate teoría e historia y de concebir el lugar de la historia entre las ciencias sociales. Sin entrar, de momento, en consideraciones sobre el peculiar diálogo que caracterizó su cohabitación, una de las claves que arrojan alguna luz, en nuestra opinión, sobre la sensibilidad manifiesta por la historia de las relaciones internacionales apuntaría hacia su ca-

rácter continuista y reformador de la historia tradicional en la construcción de una nueva historia frente al carácter rupturista y revolucionario de *Annales*. Los aires de renovación en otras historiografías occidentales, incluida la emergencia de la historia de las relaciones internacionales, transitaron, como analizaremos más adelante, por caminos menos oscilantes y más enraizados en la herencia de la historiografía decimonónica.

La teoría y la historia de las relaciones internacionales, consideradas como un producto intelectual característico de este último medio siglo, han coexistido frecuentando lugares comunes y conscientes de la necesaria interdisciplinariedad, pero en permanente recelo e incertidumbre respecto a sus mutuos vínculos. La historia de las relaciones internacionales, una vía de estudio de reciente implantación en las historiografías europeas occidentales, se ha desarrollado en un plano de evidente desigualdad respecto a la teoría de las relaciones internacionales. En un sugerente artículo del historiador italiano Brunello Vigezzi, su reflexión sobre las relaciones internacionales entre la historia y la teoría tomaba como punto de partida los resultados de una encuesta realizada en 1985 por la Comisión de Historia de las Relaciones Internacionales para indagar sobre la salud de dicha disciplina histórica en diversos países. Los resultados eran inequívocos respecto a las distancias entre la historia y la teoría, tanto en su implantación académica como en su influencia social. El panorama era especialmente revelador en los Estados Unidos, el paraíso de los estudios internacionales, donde la primacía de la teoría en el ámbito universitario había asumido la tutela en la investigación y en la enseñanza de la historia de las relaciones internacionales. En el resto de los países en los que se llevó a cabo la encuesta se constataba, en diferente grado y en función de la propia realidad nacional, una cohabitación entre la historia y la teoría caracterizada por la interrelación y la separación. La historia de las relaciones internacionales se movía en la paradoja de «ser y no ser», en el sentido de que si bien es cierto que se había implantado explícitamente en algunas historiografías, era práctica habitual que se impartiera en el seno de otras disciplinas o se diluyera en el marco académico de la historia. Por todo ello, Brunello Vigezzi clamaba por la existencia y el reconocimiento de una disciplina autónoma de la historia de las relaciones internacionales.

Esta división, pero no oposición, entre la historia y la teoría ha configurado una serie de estereotipos que evidencia las luces y las sombras en el indispensable diálogo entre ambas. Brunello Vigezzi sistematiza el haz de imágenes recíprocas, que desde el polo de la percepción de los teóricos respecto de los historiadores ha devenido: en primer término, en la desconfianza, cuando no el rechazo, hacia la «historia diplomática», como expresión de la reacción frente al historicismo en el que surgió la teoría y la tendencia de la historia a justificar los acontecimientos; en segundo lugar, en las dificultades, inherentes o adquiridas, del historiador para ocuparse de los acontecimientos y de los problemas «contemporáneos»; en tercer término, en la distancia que separa al historiador de la reflexión a la acción; a continuación, en la reclusión de la aportación de la historia como mera materia prima para la formulación y la verificación de la teoría; y por último, en una delimitación de tareas en virtud de la naturaleza metodológica de cada saber, por el cual la historia, en la medida en que se ocupa del acontecimiento «singular», «único» y

«no reproducible», comprende la situación que «corresponde al momento», mientras que la teoría, comprometida con el establecimiento de los vínculos entre los acontecimientos, indaga en las «constantes», las grandes «explicaciones» y, en definitiva, en la «generalización».

Desde el polo opuesto, la percepción de la teoría por parte de los historiadores de las relaciones internacionales cristalizó en un sentimiento de desconfianza hacia aquélla, en la medida en que retomaba las aspiraciones de las «ciencias naturales (o de ciertas ciencias sociales)» reduciendo a un plano estrictamente racional un objeto de estudio que escapaba por su propia naturaleza de aquel constreñido corsé. La desconfianza latente en esta actitud revierte en el propio alcance de las propuestas metodológicas y sus formulaciones conceptuales. En general, afirma Pedro Ruiz Torres, los historiadores: «[...] darían por supuesto que existe algo así como unos métodos, con los cuales se legitima una disciplina que no todos, sin embargo, llegan a considerar una ciencia. Hablan de los métodos, en plural, de que se sirven para su trabajo técnico-empírico y raras veces sus reflexiones en este sentido llegan a rozar el terreno epistemológico propio de los filósofos».

Pero la cuestión no sólo alcanza a las muy esporádicas inmersiones de los historiadores en el terreno de la teoría, sino también en el insuficiente conocimiento, cuando no ignorancia, del trabajo elaborado por los teóricos, a pesar de la abierta predisposición a nuevos métodos y líneas de investigación suscitadas en las ciencias sociales. El diálogo entre la teoría y la historia se ha movido, por tanto, en un terreno de luces y sombras que, sólo a partir de la década de los setenta —como concluía un estudio realizado en la universidad de Stanford— comenzaba a dar signos de una mayor vitalidad. En aquel trabajo, Paul Gordon Lauren, tras pincelar la escasa integración entre ambas, abogaba por un diálogo ineludible de forma que «La exploración por parte de los historiadores y de los politólogos de sus trabajos respectivos probablemente permitiría confirmar cuestiones metodológicas, asunciones previas, sugeriría formas de distinguir lo general de lo específico, generaría explicaciones o hipótesis alternativas, apoyaría consideraciones de factores cuantitativos y cualitativos, y facilitaría mirar los viejos problemas de formas nuevas. Esta aproximación interdisciplinaria conduciría a una mejor historia, a una mejor teoría, y quizás, si fuera correctamente utilizada, a una mejor política exterior».

Siendo aún distantes los balcones entre la teoría y la historia, los puntos y las vías de aproximación e intercambio se han aproximado hasta el punto, como bien afirma Brunello Vigezzi, de que la teoría ha «experimentado» la historia y la historia ha «experimentado» la teoría. En el primer sentido, los estudios de Talcott Parsons sobre el sistema internacional, desde una perspectiva funcionalista, de Morton Kaplan sobre las pautas y la naturaleza de los sistemas internacionales, la tesis de Karl Deutsch sobre la configuración de las comunidades nacionales, los estudios del desarrollo del derecho internacional de Stanley Hoffman o el modelo del sistema mundial moderno de Immanuel Wallerstein, desde la perspectiva del estructuralismo, pincelan algunas de las vías de aproximación a la historia desde la teoría, abordando problemáticas y fenómenos de naturaleza histórica, pero que por lo general tienden en los precedentes para verificar la validez de la teoría. Desde la orilla de la historia de las relaciones internacionales, las aún escasas incursiones

a la teoría —como la obra del Jean-Baptiste Duroselle *Todo imperio perecerá* publicada en 1981, en la que marca distancias con los teóricos de las relaciones internacionales de la escuela americana— elevan a un nuevo plano los esfuerzos teóricos y metodológicos emprendidos por Renouvin. No obstante, la implicación y la reflexión entre la historia y la teoría y la incorporación de nuevos métodos de análisis y objetos de estudio ha ido filtrándose en el quehacer de los historiadores. Al peculiar perfil intelectual de la obra de Raymond Aron, paradigmática en este sentido, hay que añadir las nuevas perspectivas de estudio promovidas en los proyectos de René Girault al abordar el proceso de integración europea desde una perspectiva transnacional, los análisis estructuralistas de la política exterior alemana realizados por Klaus Hildebrandt, los trabajos de James Joll y Gordon Craig, el ya citado de Paul Gordon Lauren y la gran tarea realizada en el seno del British Committee on the Theory of International Politics, promoviendo encuentros académicos en Cambridge para estudiar la naturaleza, la formación y el desarrollo del sistema de Estados, de la comunidad diplomática y la sociedad internacional. Uno de los principales artífices de aquellas iniciativas, Martin Wight, al preguntarse en un ensayo por qué no existía una teoría internacional, abundaba en la convicción de que la única forma de abordar desde la teoría la investigación y comprensión de la relativa anarquía de la vida internacional era desde la historia y desde la comprensión histórica.

La cohabitación entre la teoría y la historia se ha desenvuelto al socaire de los recíprocos celos, pero bajo el convencimiento de la mutua necesidad, y sus luces y sombras han variado sus proyecciones en virtud del dinamismo de la realidad internacional y los cambios en las condiciones sociales en el conocimiento de la misma. Pero el esbozo académico e historiográfico de la historia de las relaciones internacionales ha de llevarnos, en última instancia, a su escenario natural, la historia.

3. La «isla» de la historia de las relaciones internacionales en el «archipiélago» de la historia

La «isla» de la historia de las relaciones internacionales, sirviéndonos de la metáfora cartográfica sugerida en alguna ocasión por el historiador italiano Ennio di Nolfo, ha ido afianzando sus recursos desde los años cincuenta, enriqueciendo el acervo de su habitantes a tenor de los préstamos y experiencias adquiridos desde los confines del archipiélago, en confluencia con su propia memoria y lejanas tradiciones.

Expresión de los esfuerzos de adaptación y renovación del conocimiento histórico por abrazar una realidad internacional en constante transformación, su perfil y su naturaleza han brotado desde el debate y la polémica historiográfica que siempre acompaña a la emergencia de una nueva disciplina. La historia de las relaciones internacionales, aún con las lógicas peculiaridades conceptuales y metodológicas de cada comunidad historiográfica, se ha desenvuelto hasta fechas recientes dentro del exclusivo predominio del paradigma estatocéntrico, en sintonía con el tratamiento que desde las ciencias sociales se ha dispensado a las relaciones internacionales y con la propia evolución de la sociedad internacional.

A mediados de los años setenta, el sociólogo Marcel Merle entendía que a pesar de la ampliación del campo de investigación y la renovación de los métodos, entre los historiadores de las relaciones internacionales la «hipótesis fundamental continúa manteniendo que los Estados son los actores principales, si no exclusivos, de las relaciones internacionales». El estudio de las «fuerzas profundas» sólo introducía «unos matices en el cuadro clásico». Parece indiscutible, en nuestra opinión, que los replanteamientos conceptuales y metodológicos desde los que se emprendió el esfuerzo renovador de la historia de las relaciones internacionales tuvieron como capital destinatario el Estado. Prosiguiendo en las coordenadas francesas, Jacques Thobie juzgaba que las «fuerzas profundas» no habían sido concebidas más que como elementos disociados portadores de una influencia, de mayor o menor relieve, en las decisiones adoptadas en el ámbito de las relaciones internacionales. El Estado, en definitiva, se encontraba por encima de las «fuerzas profundas». Sin embargo, las «fuerzas profundas» —añadía a continuación— habían transformado la relación del historiador con la historia de las relaciones internacionales y abierto a los investigadores nuevos horizontes. Pero ¿cuáles habían sido las circunstancias y los supuestos sobre los que se había cimentado la renovación de los estudios históricos acerca de la realidad internacional, desde el escenario común de la historiografía occidental?

El nuevo orden intelectual desde el que se afrontó el estudio científico de las relaciones internacionales, tras el ciclo de guerras mundiales, fue cristalizando pese a las reservas que los saberes tradicionales en el viejo continente, fundamentalmente el derecho y la historia, manifestaron frente a las inéditas vías de aproximación hacia aquel campo de estudio de la realidad social. En aquel orden intelectual precedente, que nos remite al estudio «clásico» de las relaciones internacionales, la historia diplomática junto con el derecho eran las disciplinas que en exclusividad convergían sobre aquella realidad social, determinando prismas bien diferenciados de estudio. Como creación intelectual típica de la modernidad europea, la historia diplomática refundó y adaptó a las nuevas circunstancias los conceptos y pautas de trabajo de la historia de los tratados. Surgida esta última en el siglo XVI al calor de las primeras colecciones de tratados, la obra de Jean Tillet en 1577 es considerada tradicionalmente como el punto de partida de una perspectiva historiográfica que alcanzaría su plena eclosión tras la Paz de Westfalia y la configuración del sistema de Estados europeos. Determinada por su perspectiva jurídico-normativa, a tenor de las propias fuentes, la historia de los tratados expresaba una noción del mundo caracterizada por la primacía del Estado y su eurocentrismo, moldes desde los cuales emergería la historia diplomática desde el siglo XVIII.

A lo largo del siglo XIX y hasta el ciclo de guerras mundiales que convulsionó la primera mitad del siglo XX, la historia diplomática conjuntamente con el derecho de gentes y el naciente derecho internacional, fueron las disciplinas desde las que se hiló el conocimiento de un medio internacional caracterizado por la consolidación y extensión de los Estados-nación y la institucionalización de un sistema interestatal amparado en la noción de equilibrio de poder, que se proyectaría al mundo de ultramar desde el Concierto Europeo. El surgimiento de una conciencia y una ciencia históricas en la Eu-

ropa del siglo XIX fue un fenómeno indisoluble de la configuración y consolidación del Estado-nación. Fue, por tanto, un instrumento capital en el sistema educativo para forjar las nuevas identidades nacionales. Expresiva la historia diplomática de los fundamentos esenciales del historicismo, como concepción dominante de la ciencia histórica de la Europa decimonónica, su profesionalización supuso la institucionalización de un modelo de pensamiento y práctica históricos —en términos popperianos— que ha puesto un «especial énfasis en la singularidad e individualidad de los fenómenos históricos». Ya fuera desde el modelo originario del historicismo alemán, a tenor de los trabajos de Leopold von Ranke o de Treitschke, o desde su implantación en el resto de las historiografías europeas, no sin matices en el caso británico, la propuesta, en palabras de Julián Casanova, abundaba en:

Una historia centrada en el relato de acontecimientos políticos y militares, con especial énfasis en las relaciones internacionales entre Estados, que formuló métodos individualizadores-hermenéuticos como específicos de esa disciplina y que opuso resistencia a los supuestos generalizadores y abstractos de las ciencias sociales así como a la intromisión de cualquier dimensión social o económica para la comprensión de los hechos históricos. Una historia, en definitiva, política, al servicio de los poderes legitimados, que rechazaba la teoría y que tenía a la narrativa como hilo conductor.

La historia diplomática se articulaba en un patrón metodológico caracterizado por una narración basada en la reconstrucción de los acontecimientos políticos y diplomáticos de acuerdo con su curso cronológico, por un relato más descriptivo que analítico y por una fundamentación científica amparada en la objetividad del documento diplomático, principio y fin en la tarea del historiador. La primacía de lo político entre aquellos historiadores era un calco de la actitud y la visión del mundo por parte de los diplomáticos. La exclusión de los fenómenos y los procesos económicos en el discurso de los historiadores reproducía fielmente, en opinión de René Girault, el convencimiento de los diplomáticos de que las relaciones entre los Estados estaban regladas por negociaciones y decisiones políticas. Su consideración, lo mismo que las formulaciones de la geopolítica, se hacían en todo caso desde la perspectiva de la política y de la propia acción gubernamental. La historia diplomática, escribía Pierre Renouvin, otorgaba una atención privilegiada al papel desempeñado por «los hombres —jefes de Estado, ministros y sus colaboradores o agentes—». El historiador parecía admitir que «la evolución entre los estados depende, sobre todo, de los puntos de vista personales de estos hombres, de sus caracteres, de sus habilidades o de sus errores. En resumen, toma el horizonte de las cancillerías».

El historicismo, y en nuestro caso la historia diplomática, preservaron su estatus dominante en el panorama académico de la historiografía europea hasta el final del ciclo de guerras mundiales. Pero los profundos cambios que acontecieron en el devenir de la sociedad internacional y el nuevo horizonte intelectual en el que emergían las ciencias sociales, a los que ya hemos hecho mención, convergían con la agitación que desde diferentes latitudes y desde finales del siglo XIX iba prendiendo en algunos círculos historiográficos fren-

te al historicismo. A caballo entre un siglo y otro, fueron surgiendo sensibilidades y actitudes críticas hacia el encorsetamiento del discurso del historicismo. Historiadores que abogaban por una visión omnicompreensiva de la historia, en la que tuvieran cabida no sólo los hechos políticos, sino también la vida económica, social y cultural. Frente al limitado vuelo de la narración, centrada en la reconstrucción de los acontecimientos ligados al devenir de las élites dominantes y los Estados, promovían el análisis de las estructuras sociales en que esos acontecimientos acaecían. Argumentos que apuntaban, en opinión de Julián Casanova, hacia una noción de la historia como «ciencia social que examinaba los procesos sociales con la ayuda de teorías explícitas y un aparato conceptual que, no obstante, debía tener en cuenta la historicidad del contexto único en el que esos fenómenos ocurrían». Una nueva sensibilidad que se alimentaba del diálogo con otras ciencias sociales y predicaba el camino de la interdisciplinariedad.

Propuestas como las de Jules Michelet a mediados del siglo XX o las de la historiografía radical británica en el último tercio del mismo por hacer una historia desde abajo, frente a la historia contada por y para las élites, así como las primeras formulaciones de una historia económica y social en el seno mismo de la escuela histórica alemana y del mito del Estado como unidad de estudio, como se desprende de la controversia Lamprecht, todo ello, a su vez, en un contexto animado por las aspiraciones científicas del marxismo y del positivismo como teoría social, fructificarían ya en el siglo XX en empresas historiográficas rupturistas con el historicismo y comprometidas con la construcción de una nueva historia. Aquellos nuevos aires soplaban a ambos lados del Atlántico aunque sobre escenarios sociales y académicos bien diferenciados de una a otra orilla. En Estados Unidos el brote de una nueva historia se formuló al hilo de la *Progressive History*, en un marco académico especialmente receptivo a la aceptación de las nuevas teorías sociales. Las diferencias eran muy notables. Mientras que en el viejo continente a la «historia se le suponían sus propios métodos y objetivos distintos de los otros campos del saber», en los Estados Unidos «aparecía mucho más atractiva la opinión de que la historia era una ciencia social más y debía, por lo tanto, contribuir al descubrimiento de las leyes del desarrollo humano». La mayor dependencia, a su vez, de los centros universitarios respecto al apoyo financiero privado y, en consecuencia, su mayor autonomía en relación con el Estado diluía la presión y la tendencia a instrumentalizar la historia como mecanismo de justificación del poder.

En Europa la resistencia y la inercia de la historiografía tradicional fue, en consecuencia, mucho mayor y puesto que fue en el viejo continente donde se afianzó una centenaria tradición de historia diplomática y donde brotarían y se institucionalizarían nuevos caminos en el análisis y comprensión histórica de las relaciones internacionales, sobre este escenario historiográfico hilaremos la transición en el discurso histórico. Sin duda, la propuesta más radical y ambiciosa para construir una nueva historia en la Europa de la primera mitad de siglo se fraguó en los círculos académicos franceses. La construcción de la llamada *nouvelle histoire*, a raíz de los esfuerzos de Lucien Febvre y Marc Bloch y su bautismo fundacional con la creación en 1929 de la revista *Annales d'histoire économique et social*, evocaba un ideario en la anti-

podas del historicismo. *Los Combates por la Historia* de Lucien Febvre tuvieron su particular episodio, su pequeño combate por la historia —en expresión de Jean-Pierre Aguet— frente a la historia diplomática tal como la entendían Albert Sorel y Émile Bourgeois. Las meditaciones que Febvre llevó a cabo sobre dos obras de historia diplomática, la primera en 1931 y la segunda en 1946, servían de vehículo para denostar y desnudar las insuficiencias de la historia episódica, del simplismo de un relato fundamentado en el exclusivo uso del documento diplomático emanado de los hombres de Estado, los ministros y los diplomáticos y que, en definitiva, sólo se preocupaba de la «corteza superficial de su globo, de su esfera político-diplomática». El *homo diplomaticus* no tiene por qué ilustrar necesariamente las ideas, voluntades e intereses de una sociedad. Frente a esa historia «superficial», Febvre oponía una historia como estudio científico de la sociedad, de la aspiración a abarcar la totalidad, planteando problemas e interpretando los indicios y las fuentes a la luz de la teoría y en constante diálogo con otras ciencias sociales. En palabras del propio Febvre:

[...] una historia que se limita a comprender y hacer comprender en lo posible [...] los motivos reales, profundos y múltiples de estos grandes movimientos de masas [...] Ahora bien, es de sentido común que no hay que buscar estos motivos solamente en el humor, la psicología y los caprichos individuales de los grandes, ni en el juego contradictorio de las diplomacias rivales. Son geográficos, económicos, sociales e intelectuales, religiosos y psicológicos.

Aquellas críticas no fructificaron en una propuesta o programa específico de historia de las relaciones internacionales. En sus textos Lucien Febvre —afirma Jean Pierre Aguet— no fue más allá de las meras recomendaciones sobre la necesaria ampliación de la óptica de estudio, la cual no debería limitarse al análisis de los documentos diplomáticos sino acceder al campo de las dimensiones espaciales, masivas y múltiples del fenómeno de las relaciones internacionales entre colectividades humanas, nacionales y Estados. En suma, situar la historia de las relaciones internacionales en las coordenadas de la historia social y como parte de su proyecto de historia total. Premisas sobre las cuales reformularía Fernand Braudel su tesis doctoral al desplazar el sujeto de su investigación de la figura del rey, Felipe II, al Mediterráneo. Publicada en 1949, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II* integraba la historia diplomática en su arquitectura general del tiempo, en el tercer escalón —el del tiempo corto, el del acontecimiento—, y en el esfuerzo por hacer una historia total.

La emergencia de una nueva historia científica, que cristalizaría tras la Segunda Guerra Mundial en la institucionalización de la historia social, y la conciencia, en amplios círculos de la comunidad académica, en torno a las limitaciones del historicismo, fue un fenómeno que, con lógicas diferencias y peculiaridades nacionales, caracterizó el decurso de las historiografías de Europa Occidental. Entretanto, los estudios históricos internacionales afrontarían un proceso de transición en que la historia diplomática tradicional fue sometida a una profunda revisión, al socaire de los cambios promovidos desde la historia científica y las ciencias sociales y a la estela de una sociedad internacio-

nal cuyas transformaciones habían desbordado los cánones del mundo decimonónico, hábitat natural en el que se había desarrollado la historia diplomática. El itinerario de aquella transición no culminó en una historia diplomática remozada sino en la emergencia de una nueva noción historiográfica, la historia de las relaciones internacionales. Pero ¿qué supuso la historia de las relaciones internacionales en términos historiográficos?, y ¿cuál fue su alcance en la historiografía europea?

Una respuesta preliminar a la primera cuestión bien podría comenzar por la valoración que, en su momento, ya había hecho Jean-Baptiste Duroselle al comparar la línea de trabajo de Pierre Renouvin en los años cincuenta con la de Émile Bourgeois y concluir que el cambio era del tal magnitud como el paso de un «mundo en dos dimensiones» a un «universo en tres dimensiones». La transgresión y el desbordamiento de los límites de la historia diplomática ilustra la consciencia que los padres de la historia de las relaciones internacionales tenían de los profundos cambios que se estaban consumando en la historiografía. En la década de los cincuenta Pierre Renouvin interiorizó aquellas innovaciones, a la vez que desde la historiografía italiana Federico Chabod alentaba sobre la necesidad de adecuarse a las nuevas corrientes historiográficas. La incardinación y la aceptación de la nueva disciplina no transcurrió sin reticencias y sin fricciones en un contexto científico dominado en aquellas décadas, como bien advierte María Victoria López-Cordón, por el papel y el análisis de las estructuras. En Francia este camino se recorrió en una atmósfera historiográfica caracterizada por sus grandes oscilaciones y el afán rupturista auspiciado desde *Annales*. En cambio, en otras historiografías como la británica, la italiana y la alemana, persistió —en opinión de la citada historiadora— una «cierta fidelidad a la historia diplomática tradicional, progresivamente enriquecida con las aportaciones que llegaron desde otros campos y que afectaban más al sistema de análisis que al ámbito de la investigación» Todo ello permitió una renovación desde dentro más escalonada, no exenta de las propias peculiaridades nacionales.

Aún considerando la entidad y la influencia de algunas historiografías en la historia de las relaciones internacionales, en especial de la francesa cuya irradiación y primacía resulta indiscutible en la década de los cincuenta y sesenta, es preciso valorar en todo momento la personalidad y la incidencia de otras, en concreto de la británica y de la italiana, en un espacio de tan fluidos intercambios culturales como lo es Europa, y con mayor énfasis la Europa del proceso de integración. Una observación que ha de emplazar nuestra reflexión no en las coordenadas de una historiografía nacional u otra, sino en la dimensión europea, y por tanto, transfronteriza en la que se suscitaron, como prudentemente matiza Brunello Vigezzi, «esperanzas y ambiciones compartidas por muchos historiadores europeos de las relaciones internacionales» en un mundo conmocionado tras la Primera Guerra Mundial.

Los orígenes y los primeros indicios de renovación en los estudios históricos sobre las relaciones internacionales surgieron tras la Gran Guerra y en los años del período de entreguerras. El análisis del nuevo sistema internacional y la preservación de la paz animó a la creación del Institute Universitaire des Hautes Études Internationales en Ginebra por iniciativa de William Rappard y Paul Mantoux y las instituciones ya mencionadas en el ámbito anglo-

sajón, así como al surgimiento de las primeras cátedras como: la Woodrow Wilson de relaciones internacionales en la Universidad de Aberystwyth, dotada por el industrial galés David Davies, en la que se sucederían eminentes historiadores como Alfred Zimmern, sir Charles Webster y Edward Hallett Carr; la cátedra de historia internacional dotada por el industrial escocés Stevenson en 1924 simultáneamente en The Royal of Institute International Affairs y en la London School of Economic and Political Science, desempeñada en primer término por Arnold J. Toynbee, y luego desdoblada en 1932, lo que permitió la incorporación de sir Charles Webster a esta última institución; y la dotación en 1930 por Montague Burton de una cátedra de relaciones internacionales en Oxford, asumida en aquellos primeros momentos por los historiadores Alfred Zimmern y sir Llewellyn Woodward.

Desde estos círculos se emprendería, como en otras historiografías europeas, un ingente esfuerzo de investigación e indagación sobre las causas y responsabilidades de la Guerra del Catorce, como en los tres volúmenes de la *Cambridge History of British Foreign Policy*, publicada en 1922 y 1923 y en la que colaboró Webster, en la que se pretendía demostrar la coherencia de la política británica tanto en el análisis de la personalidad de los ministros y los diplomáticos como en otros aspectos como el funcionamiento y la estructura del Foreign Office. El debate sobre las responsabilidades y las causas de la guerra polarizó buena parte de los esfuerzos de la historia diplomática, tanto en Alemania para responder y desmantelar las tesis del Tratado de Versalles como en Francia para legitimar los fundamentos de la paz. Es sintomática, en este sentido, la especialización de Pierre Renouvin durante aquellos años en la historia de la guerra desde la Universidad de la Sorbona y en la dirección de la *Revue d'histoire de la guerre mondiale*. Trabajos como el publicado en 1925, *Les origines immédiates de la guerre*, se movían aún en la más ortodoxas pautas del historicismo. Pero el interés que ya había ido mostrando por aspectos inéditos como las fuerzas económicas y morales, irían aflorando con la década de los treinta, perfilando una evolución en sus planteamientos que no cristalizaría y maduraría hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Pero en el transcurso de aquella década, en trabajos como *La crise européenne et la Grande Guerre (1904-1918)*, publicado en 1934, en cuyas páginas asomarían aquellos nuevos indicios, acompañados de iniciativas como la creación del Institut d'histoire des Relations Internationales Contemporaines en 1935 en torno al cual comenzaría a perfilarse una profunda renovación conceptual y metodológica.

En Italia, el profesor Brunello Vigezzi nos recuerda la sensibilidad evocada por la Nueva Escuela de Historia Moderna y Contemporánea, fundada en Roma a finales de la década de los veinte, en la que G. Volpe subrayaba la conveniencia de habituarse a considerar las relaciones internacionales, de modo que no se contemplase la política exterior como algo autónomo sino entrelazado con la cultura, con la economía y con toda la historia de los pueblos. Aquella atmósfera de renovación que emergía en algunos círculos académicos se había explicitado, asimismo, en el VII Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en Varsovia en 1933, en el transcurso del cual algunas intervenciones insistían en las limitaciones de la historia diplomática para analizar y comprender la complejidad de los recientes fenómenos internacionales, como la Gran Guerra o la revolución bolchevique.

No será, sin embargo, hasta después de la Segunda Guerra Mundial, y especialmente en el curso de la década de los cincuenta, el momento en que cristalice la nueva disciplina histórica y se inicie su institucionalización y socialización académica, así como el debate sobre su naturaleza y su lugar entre las ciencias sociales. Poco a poco, la corriente historiográfica denominada ya oficialmente como Historia de las Relaciones Internacionales, comenzó a dividirse y especializarse por Escuelas historiográficas nacionales, partiendo básicamente de la Escuela francesa.

4. Escuelas y tendencias historiográficas

La historia de las relaciones internacionales en Francia, considerada por Jean-Baptiste Duroselle más como un «movimiento dinámico» que bajo el sentido escolástico de una «escuela», inicia su etapa decisiva, en su opinión, a partir de 1946 con motivo de la publicación de la obra de Pierre Renouvin *La Question d'Extrême-Orient, 1840-1940*, en la que entran ya en juego las «fuerzas profundas» en el análisis de los problemas internacionales. Por delante restaba un laborioso camino para madurar, explicitar y sistematizar el nuevo método, en el curso del cual dos obras atesorarían en sus páginas este esfuerzo renovador. En primer término, la publicación entre 1953 y 1958 de los ocho volúmenes de un clásico, *Historia de las Relaciones Internacionales*, y, años después, en 1964 la aparición de la obra *Introduction à l'Histoire des Relations Internationales*, elaborada por Renouvin y su estrecho colaborador y continuador de su obra en la Sorbonne desde aquel mismo año, Jean-Baptiste Duroselle.

Ambas obras colman uno de los objetivos explicitados por Renouvin en la introducción general a la *Historia de las relaciones internacionales*, «situar las relaciones internacionales dentro del cuadro de la historia general —historia económica y social, historia de las ideas y de las instituciones—. La obra de Renouvin comporta una visión sintética de la explicación —multicausal— de la historia, del mismo modo que interpreta que ésta no se propone establecer «leyes históricas» sino comprender el complejo juego de causas que intervienen en las grandes transformaciones del mundo. En aquellas obras, a pesar del calado conceptual y metodológico de la segunda, Renouvin nunca dio una construcción formal a la teoría de las «fuerzas profundas». La formulación teórica no sólo de la noción y la teoría de las «fuerzas profundas» sino la ambición por proponer una teoría de las relaciones internacionales «a base de historia» alcanzaría su máxima expresión en la historiografía francesa con motivo de la publicación en 1981 del libro de Duroselle *Tout Empire périt. Une vision théorique des relations internationales*, luego revisado y puesto al día en 1992. La obra atípica y polémica entre los historiadores culminaba una trayectoria permanentemente atenta a la reflexión teórica y metodológica

La labor investigadora, divulgativa y pedagógica se impulsó no sólo desde las aulas universitarias, sino a través de centros especializados como el Institut Pierre Renouvin de la Universidad de París —sucesor del que fuera creado en 1935— y la Société d'Études Historiques des Relations Internationales Contemporaines, así como de la prestigiosa revista, de paternidad franco-sui-

za, *Relations Internationales* creada en 1974 por Jean-Baptiste Duroselle y Jacques Freymond, que devino en uno de los principales foros de discusión y divulgación de la historia de las relaciones internacionales. Al abrigo de aquellos precedentes y su consolidación institucional, aquella herencia, asumida por historiadores como René Girault, J. C. Allain, P. Milza, G. H. Southou o M. Vaisse, ha ampliado los horizontes historiográficos de la disciplina en sus planteamientos teóricos y metodológicos, así como en sus contenidos.

En otras grandes historiografías los signos de continuidad y de renovación en la disciplina trascienden en una atmósfera historiográfica menos convulsa, pero plenamente inmersa en la eclosión de las ciencias sociales tras la Segunda Guerra Mundial y determinadas a su vez por lógicas peculiaridades nacionales. Al otro lado del Canal de la Mancha, la *Historia de las Relaciones Internacionales en Gran Bretaña* estaba en la oscuridad dado que el historicismo, y en concreto la historia diplomática, seguiría ocupando un lugar central entre los estudios internacionales en el período de entreguerras aunque aún muy alejada de los parámetros renovadores que hemos visto en Francia. La renovación de la historia sobre la realidad internacional cobraría un definitivo impulso desde los años cincuenta a tenor de otros factores como el renovado interés por el estudio de las relaciones internacionales como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial y la incipiente Guerra Fría y la apertura a los investigadores de nuevas fuentes al aplicarse la nueva norma de los cincuenta años para la consulta de la documentación archivística. Aquel tránsito tuvo lugar al abrigo de una historiografía caracterizada, en opinión de Anthony Adamthwaite, por la ausencia de tumultos ideológicos. Un talante ni tan siquiera alterado por el debate suscitado por la irrupción de la historia social marxista en Gran Bretaña, el cual transcurrió a través de los foros y los temas tradicionales, pero aportando una nueva perspectiva a la interpretación de los mismos. La historiografía británica, a su vez, se ha mostrado tradicionalmente escéptica hacia la abstracción y los esquemas teóricos, otorgando un trato predilecto a las singularidades. Una sensibilidad explícitamente enunciada desde la historia de las relaciones internacionales por Donald Cameron Watt, una de cuyas lecciones inaugurales —concretamente la de 1983— llevaba por título «*What About the People? Abstraction and Reality in History and the Social Sciences?*». Toda una declaración de principios, en el marco del debate de la historia en la posmodernidad frente al determinismo de la historia estructural, y no muy alejada de la sensibilidad manifiesta por Duroselle por aquellas fechas hacia la concepción de la historia como ciencia. El desarrollo y consolidación académica de la historia de las relaciones internacionales en Gran Bretaña ha tenido lugar prioritariamente desde tres focos: Cambridge, Oxford y Londres.

En la Universidad de Cambridge, la tradición incubada en el magisterio de Adolphus Ward e iniciativas editoriales como la emprendida en la década de los veinte sobre la política exterior británica, fructificarían tras la Segunda Guerra Mundial en un dinámico centro de estudios históricos internacionales y su afianzamiento como una rama de la historia entre la década de los cincuenta y de los setenta. La labor de Hinsley, cuyos trabajos se orientaron desde la política exterior británica hacia un mayor diálogo con la teoría y la reflexión sobre el pensamiento internacional y los acontecimientos recientes, se vería colmada con una sólida implantación de la disciplina en los estudios de doctora-

do. En Oxford, la labor desempeñada por algunos historiadores como A. Zimmern y L. Woodward, en la cátedra de relaciones internacionales, los estudios históricos internacionales adquirirían notoriedad, dentro de la comunidad académica, a tenor del magisterio de A. J. P. Taylor, que en las décadas de los cincuenta y sesenta bien podría ser considerado, a juicio de Richard Langhorne, como el gran historiador británico de «historia internacional» de la posguerra. Por último, en Londres la cátedra de historia internacional de la London School of Economics and Political Science, devendría después de la Segunda Guerra Mundial en la creación de un Departamento de Historia Internacional. El prestigio adquirido ha discurrido paralelo a su crecimiento, de modo que los tres miembros que lo conformaban en 1953, momento en que se incorporó a la cátedra W. N. Medlicott, ascendieron a catorce durante la etapa en que Donald Cameron Watt accedió a la misma en 1982, sucediendo a James Joll. En las últimas décadas los estudios sobre historia de las relaciones internacionales se han extendido con rapidez por la geografía británica en universidades como las de Leeds, Leicester, Birmingham, Bristol, Kent o Hull. Asimismo, se han institucionalizado nuevos marcos de cooperación a tenor de la creación en 1988 del «*British International History Group*» y se ha fomentado el debate y reivindicado el papel de la historia en el estudio de las relaciones internacionales a través de revistas científicas como *Diplomacy and Statecraft* y el *Journal of International Studies*.

De retorno al continente, la historiografía italiana sobre las relaciones internacionales transcurrió por los meandros de la historia y la evolución de la política exterior del nuevo Estado desde su unificación. Brunello Vigezzi y Ennio di Nolfo coinciden en destacar la decisiva influencia de los acontecimientos y procesos de la historia «de la última entre las grandes potencias» —como la tardía unificación, la tardía modernización, la campaña de opinión en torno a la intervención en la Primera Guerra Mundial, el fascismo y el antifascismo o el triunfo de la resistencia (los «vencidos del Risorgimento»)»; sobre el modo de considerar y analizar el desarrollo de su política exterior. La inmediata posguerra, tras la frustración que supuso la política de gran potencia del fascismo, y la reformulación de la política desde claves democráticas y desde las coordenadas de la construcción europea repercutieron en el ánimo y las actitudes de la propia comunidad académica hacia la historia de sus relaciones internacionales.

Desde la historiografía tradicional emanan dos líneas de estudio, cuya incidencia sería muy notable en el desarrollo de los estudios históricos internacionales tras la segunda posguerra mundial. Por un lado, la «historia diplomática» clásica, encarnada en Mario Toscano, uno de los personajes más influyentes de la historiografía italiana sobre las relaciones internacionales hasta su muerte en 1968, cuya trayectoria armonizaba su vertiente político-práctica, en sus ocupaciones en el Ministerio de Asuntos Exteriores, con su actividad intelectual y académica en el mundo universitario. Su atención privilegiada a las elites y los Estados, su predilección por la documentación diplomática y el cuidado estilo de una narración coherente y continua, no debe ocultar la complejidad metodológica y conceptual de su obra. Frente a la práctica de muchos historiadores de su generación, con una formación eminentemente jurídica, que subordinaban la historia de los tratados o la historia diplomática al Dere-

cho Internacional, Toscano siempre mantuvo, pese a su rigor formalista, la coherencia de los fundamentos históricos y diplomáticos de su trabajo. No juzgaba posible sustituir la historia diplomática por una historia de las relaciones internacionales poco precisa, en la que se insistiera sobre las relaciones económicas, políticas, culturales o espirituales entre los pueblos, puesto que se perdería fácilmente el trazo esencial de la realidad que es «l'action des gouvernements et des hommes qui les composent». Por otro, Rodolfo Mosca es la figura más representativa de una tendencia que ha propugnando la vinculación de la «historia de los tratados», debidamente renovada, con la ciencia política. Desde esta perspectiva convergerían el estudio de la lógica de una situación, de un acuerdo o de un sistema internacional y el análisis de los cambios históricos. Mosca, afirma Brunello Vigezzi, examinaba tanto los acontecimientos como la larga duración en la política exterior e intentaba profundizar en los lazos existentes entre la política exterior, la política interior y la opinión pública. El documento diplomático, por último, ocupaba un lugar fundamental en la medida en que era a la vez el «punto de partida» y el «punto final de la investigación».

A considerable distancia de la historia diplomática emergería otra línea de trabajo desde la que historiadores como Federico Chabod, Carlo Morandi, Walter Maturi o Ernesto Sestan —los «cuatro mosqueteros» de la historiografía italiana— aspirarían a una historia global o total, capaz de comprender y reconstruir la realidad en sus aspectos más diversos. La publicación en 1951 de la obra de Federico Chabod *Storia della politica estera italiana dal 1870 al 1896*, troquelaba las influencias de Croce, Salvemini y Volpe, y ofrecía una interpretación de la política exterior en conexión con las grandes corrientes que agitaban al país y con las orientaciones generales de la civilización europea de este período. Desde esta óptica se pretendía analizar la historia general de una civilización, dando cabida a la historia política y cultural, a la historia de los hechos y de las ideas y, en suma, de acceder a la vida de una sociedad. La obra de estos historiadores de la vida internacional se orientaría hacia la construcción de una verdadera historia de las relaciones internacionales, ligada, en opinión de Brunello Vigezzi, al problema clásico de la historia de las civilizaciones. Una historia que, como acontecería en Francia, no negaba la herencia de la historia diplomática, puesto que a pesar de establecer ciertas distancias en el método y la amplitud de miras no excluía el interés por la documentación diplomática.

La historiografía italiana sobre las relaciones internacionales, receptiva a los aires de renovación procedentes de la «escuela francesa» y cuya influencia también se dejaría sentir en la formación de juristas y politólogos desde la década de los cincuenta, se convertiría en el transcurso de la década de los ochenta en uno de los focos más dinámicos y renovadores de la historia de las relaciones internacionales en Europa. La creación en 1985 de la revista *Storia delle Relazioni Internazionali*, publicada por la Accademia Europea di Studi Internazionali de Florencia y bajo la dirección de Ennio di Nolfo, junto a iniciativas como la celebración del Congreso sobre Historia y Metodología de las Relaciones Internacionales en Perugia en 1989, son indicativos de una inquietud intelectual que cobra aún mayor interés por la riqueza de un debate historiográfico alimentado por las grandes líneas que coexisten en el panorama universitario transalpino: una vía asentada sobre la tradición de la historia di-

plomática y la historia de los tratados, centrada en Roma en torno a P. Pastorelli y G. L. André; otra, cimentada sobre la herencia de la obra de Chabod con centro en Milán y en torno a Brunello Vigezzi y E. Decleva; la historiografía marxista, a tenor de los trabajos de F. D'Amoja en Perugia; y una línea interdisciplinar de estudios sobre la historia de las relaciones internacionales en el mundo actual, nucleada en torno a Ennio di Nolfo en Florencia.

En la *historiografía alemana*, y en la de la *República Federal* desde su creación, sobre las relaciones internacionales las pautas de continuidad y renovación discurrieron dentro del patrón del estatocentrismo y de la persistencia de la historia diplomática hasta bien avanzada la segunda mitad del siglo. El tránsito hacia la historia de las relaciones internacionales tendría mayoritariamente lugar, como en otras historiografías, desde la lealtad y la tradición de la historia política y la ampliación del campo de estudio de las relaciones internacionales.

Pero tras estas pautas esenciales de continuidad y cambio, el historiador alemán Klaus-Jürgen Müller concluía a mediados de los ochenta que Alemania es «comme un pays sous-développé» en lo que a la situación académica y cultural de la historia de las relaciones internacionales se refiere. Reflejo, en su opinión, de la carencia de una tradición continua y firmemente establecida en el mundo universitario y en el marco de las ciencias históricas. Las razones son múltiples a tenor de la propia naturaleza del sistema educativo, tanto a nivel escolar como universitario, al promover la enseñanza de una historia excesivamente polarizada en lo alemán en detrimento del conocimiento de otros países y del propio sistema internacional, y de la situación académica e intelectual de las relaciones internacionales, donde la historia ha cedido el protagonismo a las ciencias políticas, cuyo frágil diálogo deviene a menudo en el antagonismo entre la historia y la teoría. Por último, el decurso histórico de Alemania y sus dramáticas cesuras han influido de forma decisiva en los registros y la naturaleza del discurso histórico. En el transcurso de los últimos cien años, la fundación del Reich por Bismarck cristalizó en la desviación del historicismo rankeano, en cuya obra el estudio del sistema internacional había ocupado un lugar destacado, hacia una historia germanocentrista o germano-prusiana legitimadora de la nueva empresa política nacional. El desenlace de las dos guerras mundiales y la frustración de las sucesivas empresas imperiales —la de la Alemania guillermina y la nacionalsocialista— devino, especialmente tras la segunda posguerra, no sólo en una peculiar percepción del sistema internacional sino en la primacía de lo interno en el debate historiográfico. La controversia Fritz Fischer en torno a las responsabilidades y los orígenes de la Primera Guerra Mundial, durante la década de los sesenta, transcurrió en unas coordenadas exclusivamente germánicas, ajenas a la estructura y la naturaleza del sistema internacional.

Nunca desapareció, sin embargo, la tradición historiográfica en Alemania en el análisis de la política internacional y el sistema internacional de las grandes potencias, en la obra de algunos historiadores como Egmont Zechlin, Ludwig Dehio y Theodor Schieder. El tránsito de la historia diplomática a la historia de las relaciones internacionales se ha desenvuelto desde la década de los sesenta, en opinión de Franz Knipping, en un escenario caracterizado por una producción historiográfica abundante, pero muy dispersa y descoordinada.

da. A diferencia de Francia, en Alemania no ha surgido un núcleo historiográfico, similar al *tándem Renouvin-Duroselle*, en torno al cual se vertebrase una renovación conceptual y un nuevo discurso del método ni unos cauces institucionales, comparables al Instituto Pierre Renouvin. A pesar del esfuerzo y del magisterio de algunos historiadores como Andreas Hillgruber, que desde los años setenta ha encarnado el desafío por construir una nueva historia de las relaciones internacionales en la que confluyeran no sólo los factores de la política interior que influían en la acción exterior, sino también los factores socioeconómicos, técnicos, geopolíticos y estratégicos, la necesaria complementariedad entre las fuerzas profundas y la acción de los hombres de Estado; tropezaría con numerosas reservas en los círculos universitarios alemanes. Reservas manifiestas en el antagonismo entre la historia política y la historia estructuralista o las dificultades por estimular el estudio de las relaciones internacionales en un ámbito académico dominado por la «primacía de la política interna». En consecuencia, desde la década de los ochenta la historiografía sobre las relaciones internacionales la línea dominante de análisis, en opinión de Franz Knipping, es la de la historia política, en un sentido amplio, desde la que se privilegia el estudio del proceso de toma de decisiones, sin olvidar los factores estructurales. Son minoritarias, en cambio, las aproximaciones que enfatizan el papel de los factores socioeconómicos y culturales como motor de las relaciones internacionales. No obstante, han surgido líneas de investigación sumamente interesantes, cuestionando desde una perspectiva estructuralista la perspectiva dominante del estatocentrismo, como bien se puede concluir de los trabajos de Klaus Hildebrandt sobre el sistema mundial.

En los últimos años, el bagaje de la actividad en ciertos centros de investigación como el *Forschungsinstitut der Deutschen Gesellschaft für Auswärtige Politik* (Instituto de Investigación de la Sociedad alemana para la política exterior) en Berlín, junto a otras instituciones e iniciativas como la creación del círculo de estudios en relaciones internacionales que reúne a universitarios de lengua alemana, para abordar el estudio de las relaciones internacionales desde una perspectiva histórica, y la mayor cooperación con otras historiografías europeas, parecen avanzar un panorama académico más vertebrado para el desarrollo de la disciplina.

Por último, la Escuela Española de Historia de las Relaciones Internacionales se define, en primer lugar, por su *tardía incorporación* a la historiografía española, casi en perfecto paralelo con el retraso en la integración de los estudios internacionales en la universidad española. Por otro lado, esta corriente historiográfica ha tenido que buscar su lugar en una historiografía predominantemente económico-social que excluía a otras vertientes o aproximaciones históricas, por lo menos hasta la década de los ochenta del siglo pasado. En tercer lugar, el *desinterés*, tradicional de la sociedad española, por los temas internacionales —siempre más pendiente del permanente conflicto interior— ha hecho más difícil la situación de los especialistas. Una política exterior, por último, condicionada durante muchas décadas por los limitados intereses del régimen franquista y su rechazo internacional en muchos foros, especialmente los europeos, y una transición política en donde primaron los asuntos interiores frente a los exteriores, por lo menos hasta la década de los ochenta, contribuyeron también a esta peculiar situación.

Situación, no obstante, que contrasta con la tradición internacionalista desde principios del siglo XIX. Como hemos apuntado ampliamente en otros trabajos, al margen del pensamiento político y las aportaciones de los juristas, un selecto grupo de historiadores desarrollaron, por un lado, una «historia de los tratados», siguiendo la brecha abierta por Abreu en el siglo XVIII y, por otro lado, abordaron la historia diplomática de España, a través de los trabajos de Goñi, Alonso, Labra y de forma especial Jerónimo Bécker y González, autor de una voluminosa obra titulada *Historia de las Relaciones Exteriores de España durante el siglo XIX*, publicada en 1924.

La inestable evolución política interna desde 1931, la Guerra Civil y el aislamiento franquista, hicieron que estas líneas de investigación quedaran paralizadas o relegadas. Con la creación en 1957 de la primera cátedra en España de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales, que ocuparía Antonio Truyol, se abriría una nueva etapa en los estudios internacionales.

La renovación de los estudios históricos, gracias en gran parte al papel desempeñado por Vicens Vives, y los cambios que se suceden en la política exterior española en la década de los cincuenta y primeros sesenta, hacen que un destacado grupo de historiadores españoles vuelvan su vista a temas como las relaciones entre España y Europa, el carácter de frontera euromediterránea que tiene nuestro país, o el pasado imperial y su contribución a la formación de la sociedad internacional moderna. Volcados en determinados momentos de nuestra acción exterior y con límite temporal en el siglo XIX, historiadores como Palacio, Rodríguez Casado o Béthencourt comienzan a publicar sus primeras obras.

Para la contemporaneidad, los trabajos de Jesús Pabón y José María Jover, especialmente, serán trascendentales, especialmente para insertar nuestra historia y acción exterior en un contexto internacional determinado, y también para trasladar los cambios teóricos y metodológicos que se estaban desarrollando en Francia desde la historia diplomática a la historia de las relaciones internacionales. En este caso será el profesor Jover Zamora, desde Valencia y luego desde Madrid, el que introduzca con todas sus consecuencias la historia de las relaciones internacionales en la universidad española. Desde su renovador trabajo «Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX» (1961), hasta sus aportaciones y la dirección de la *Historia de España de Menéndez Pidal*, todos los historiadores españoles que nos hemos especializado en esta materia hemos aprendido de sus reflexiones y aportaciones.

Desde la Universidad Complutense a otras universidades, un creciente grupo de historiadores —muchos de los cuales participan en esta obra—, han ido integrándose en la que podríamos considerar *Escuela española de Historia de las Relaciones Internacionales*. Habrá que esperar a la década de los noventa para que esta escuela quede plenamente configurada y asentada. La introducción de varias asignaturas de carácter internacional en los planes de estudio, la organización de congresos y seminarios, el aumento de las tesis doctorales y las publicaciones especializadas, etc, confirman esta valoración. La creación en 1991 de la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales (CEHRI), que hoy integra a casi 150 socios, es una manifestación más de este importante cambio.

En 1994 en las I Jornadas sobre Historia de las Relaciones Internacionales, organizadas por la CEHRI en Madrid, el profesor Francisco Quintana hizo una valoración ajustada a la realidad y ponderada del balance que ofrecía esta corriente historiográfica: la dispersión investigadora y su principal concentración investigadora en Madrid; el limitado diálogo interdisciplinar; la ausencia de un debate teórico y metodológico; la persistencia de un discurso de corte descriptivo; la polarización de las preocupaciones historiográficas sobre los aspectos políticos-diplomáticos; el acusado hispanocentrismo/eurocentrismo; la existencia de desequilibrios en los temas abordados; la creciente tendencia a la subespecialización regional y el progresivo desplazamiento cronológico al siglo XX. A estas características añadiríamos tres más: el escaso apoyo oficial —básicamente del Ministerio de Asuntos Exteriores—, los problemas para la investigación, especialmente en el archivo del propio Ministerio, y la inexistencia de centros de investigación de referencia y publicaciones especializadas.

A finales de 2008, la Asociación de Historia Contemporánea incluyó por vez primera en sus Congresos un área de trabajo dedicada a la Historia de las Relaciones Internacionales. En Murcia, donde nos reunimos, nos encontramos con que precisamente en esa área se había presentado el mayor número de comunicaciones con importantes debates sobre nuestra disciplina y área de investigación. Los profesores Juan B. Vilar y Juan Carlos Pereira presentaron un nuevo balance —catorce años después del primero realizado— sobre la Historia de las Relaciones Internacionales en España.

De lo dicho allí podemos sintetizar lo conseguido y lo que aún queda por hacer. Observamos un creciente desplazamiento en las investigaciones y publicaciones hacia la segunda mitad del siglo XX, relegando prácticamente el siglo XIX y primer tercio del siglo XX. En ese contexto, siguen predominando los estudios sobre las relaciones bilaterales aunque muy limitados a cinco países: Francia, Gran Bretaña, Italia, Alemania y Portugal. Sigue habiendo poco interés por los temas internacionales o por la diplomacia multilateral. Las reflexiones teórico-metodológicas son aún escasas, aunque con una tendencia a plantearlas al inicio de los trabajos y publicaciones. Persisten los graves problemas para el trabajo en los dispersos archivos especializados y de forma destacada en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, en el que predomina la desorganización, arbitrariedad en la consulta de la documentación y un incumplimiento de la legislación vigente. Por último, como nota muy positiva, la ampliación de los estudios histórico-internacionales en las universidades españolas tanto en los estudios de grado como de posgrado, en respuesta a la creciente demanda.

5. Del Estado a la sociedad en la historiografía sobre la historia de las relaciones internacionales

En el Congreso sobre Historia y Metodología de las Relaciones Internacionales celebrado en Perugia en 1989, entre las grandes cuestiones que fueron objeto de debate en su agenda figuraban las relaciones entre la historia y la teoría, así como el diálogo con otras ciencias sociales, además de aspectos

concernientes al estado de la investigación y la enseñanza de la disciplina en diferentes países. Aspectos que en sus diferentes perspectivas ya habían aflorado, de algún modo, en el Coloquio celebrado cuatro años antes en París.

En un escenario entre cuyos bastidores circula el debate sobre la ciencia y el conocimiento que ha caracterizado el pensamiento de la «posmodernidad», la reflexión y los desafíos de la historia de las relaciones internacionales trascienden al hilo del giro culturalista y a la estela del debate suscitado en el campo de la historia, a tenor de la crisis del determinismo objetivista que ha caracterizado a las grandes líneas del pensamiento histórico científico tras la Segunda Guerra Mundial en Occidente. El relativismo y el pluralismo conceptual y metodológico resultante ilustran la crisis de una noción de historia como «saber con aspiraciones científicas sobre la sociedad entendida como totalidad unitaria dotada de sentido» y que había «evolucionado en el tiempo guiada por algún principio rector de carácter universal». El metarrelato, como interpretación histórica, se fundamenta, a juicio de Santos Juliá, en «una concepción unitaria de la humanidad, una ley metahistórica de desarrollo, una visión suavemente evolucionista y eurocéntrica y el postulado de un fin de la historia como reino de la libertad, como fin de la explotación o como triunfo de la razón». En términos epistemológicos, lo que hacía crisis en la aproximación científica al pasado era la capacidad y la posibilidad misma de la historia, y de otras ciencias sociales, para procurar un conocimiento objetivo sobre la sociedad y los procesos de cambio.

La noción más flexible y relativa de ciencia, en el sentido kuhniano, convergía en este marco con las actitudes y las posiciones tradicionalmente asumidas desde la historia de las relaciones internacionales respecto a la historia estructural y las ciencias sociales. La reivindicación de la narración, del acontecimiento y de lo singular, sin renunciar a la pretensión de un estudio científico desde el que se pudieran establecer regularidades y normas, y la crítica al «matematicismo» —como se refería Duroselle al afán objetivista de las ciencias físicas— para analizar la naturaleza humana, enfatizaban el carácter de síntesis o de camino intermedio de la historia de las relaciones internacionales entre la historia episódica y la historia estructural.

En este contexto, desde la década de los ochenta los hilos de conexión entre la historia estructural —básicamente la historia económica y la historia social— y la historia de las relaciones internacionales parecen acentuarse, a la vez que se diluyen algunos de los prejuicios tradicionales. Las investigaciones, por citar algún ejemplo, de historiadores de las relaciones internacionales como René Remond en el ámbito de las mentalidades, un dominio privilegiado de la *nouvelle histoire*, o la evolución en la historia económica francesa y el estudio de la modernización que, como subraya Gerard Bosuat, habían marginado de sus análisis la política y las relaciones exteriores hasta la década de los setenta, apuntan hacia una mayor interrelación y confirman la evolución en el objeto de estudio y los métodos en la historia de las relaciones internacionales. Los planteamientos metodológicos y conceptuales en la historia de las relaciones internacionales, más allá del programa de las «fuerzas profundas» —en el caso de la historiografía francesa— se han ampliado hacia los terrenos de la historia social, siempre desde el carácter de síntesis de la disciplina.

La *nouvelle histoire* de las relaciones internacionales, en expresión de Pierre Milza, o la «historia social de las relaciones internacionales» asimila, en nuestra opinión, las limitaciones del paradigma estatocéntrico y refleja una amplitud de campo en su objeto de estudio, cuyos contornos se difuminan en la totalidad y la complejidad de la noción de sociedad, en cuyo universo encuentran cabida el heterogéneo elenco de actores e interacciones de la sociedad internacional contemporánea. Ciertamente, la aproximación a las relaciones internacionales desde la óptica, cualquiera que sea, del Estado continúa siendo dominante en la ciencia de la sociedad internacional, y por supuesto en la historia de las relaciones internacionales. Pero no menos cierto es que la naturaleza de la sociedad internacional actual resulta inasequible en su totalidad desde esa perspectiva tradicional, de modo que el adecuado análisis y comprensión de la misma en su sentido histórico difícilmente será posible sin un paralelo esfuerzo de renovación y adaptación del utillaje intelectual para llevarlo a cabo. Una realidad en transformación sobre la que ya advertía Saul Friedländer a principios de la década de los ochenta, en los siguientes términos: «(...) les réalités nouvelles des relations internationales (relations interéatiques, mais aussi relations transnationales de plus en plus et relations interculturelles émergentes à de multiples niveaux) excluaient désormais l'existence d'un paradigme d'interprétation unique de ce domaine, à supposer qu'un paradigme ait jamais été formulable».

En este ambiente proclive a la pluralidad de teorías interpretativas, el abanico de teorías utilizables, desde la perspectiva del historiador, se acrecentará a medida que se consolide la colaboración entre los historiadores y los teóricos y el intercambio entre la historia y las ciencias sociales.

La historiografía europea resulta en este sentido sumamente interesante. En el marco europeo, la propia experiencia en la que conviven y compiten los Estados con nuevos proyectos y realidades internacionales y transnacionales, como el proceso de construcción europea considerado en toda su amplitud, tienen su directo reflejo en la historiografía. La historia de las relaciones internacionales se ha ido forjando en el seno de las respectivas historiografías nacionales, pero sus pautas de cambio y su propia naturaleza, a pesar de las peculiaridades locales, responden a unas circunstancias históricas, unas coordenadas socioculturales y, en definitiva, se desarrollan en el espacio de una civilización común. La convicción de Brunello Vigizzi de que en cada período, en los diferentes países, los historiadores se ocupaban a menudo de los mismos problemas, encontraban los mismos problemas y consideraban las mismas perspectivas, permite entrever las líneas de una historia europea de las relaciones internacionales.

La configuración de la historia de las relaciones internacionales como disciplina y los avances en el proceso de construcción europea han influido no solamente en el debate y la búsqueda de nuevas perspectivas y métodos en el análisis de esos procesos sociales transnacionales en el viejo continente, sino en la toma de conciencia misma de una historia europea de las relaciones internacionales. En el transcurso del coloquio sobre historia de las relaciones internacionales celebrado en París en 1985, René Girault suscitó la iniciativa de constituir una comunidad europea de historiadores con el fin de progresar conjuntamente en el ámbito de la investigación histórica.

La riqueza de enfoques sobre la que discurren algunos de los proyectos transnacionales más ambiciosos sobre el proceso de construcción europea es un fiel reflejo del pluralismo metodológico y conceptual existente en la ciencia de la sociedad internacional. En la sugerente puesta en escena que Antonio Moreno lleva a cabo hace ya algunos años sobre la «Construcción europea e historia de las relaciones internacionales», distinguía dos grandes orientaciones en el método y el objeto de investigación histórica desde la década de los ochenta. Por un lado, una «historia de la diplomacia económica, resultado de la utilización de métodos cuantitativos en el análisis coyuntural procedentes de la historia económica y asociado a una aproximación a las teorías realistas en relaciones internacionales. A esta óptica responderían los proyectos emprendidos desde el Instituto Universitario de Florencia, bajo la dirección de Richard T. Griffiths a mediados de los ochenta, aportando un modelo de trabajo para estudiar el diseño de las políticas forjadas por los diferentes gobiernos y la forma en que han intentado consumir sus ambiciones en el plano internacional. Un modelo desde el que se proponía la revalorización del papel del Estado frente al resto de los actores transnacionales. Y el proyecto dirigido por Alan S. Millward desde principios de la década de los noventa, en el que se presentaba la integración económica de Europa como consecuencia de la recuperación de las economías nacionales. Y por otro, los trabajos promovidos por el «Groupe de Liason des Historien auprès des Communautés» desde los años noventa, más cercano a la vieja aspiración de la historia de las relaciones internacionales a aproximarse a la historia de las civilizaciones. Este era el perfil del proyecto que, bajo la dirección de René Girault, se emprendió para estudiar la identidad y la conciencia europea en el siglo XX, sorteando el difícil equilibrio entre diversidad y homogeneidad que concurre en lo europeo e indagando en la naturaleza y las percepciones en torno a la idea de la solidaridad intereuropea. Una perspectiva en la que la reflexión y análisis precisa su punto de mira no en el Estado sino en la sociedad.

Lecturas recomendadas

Este trabajo colectivo de un amplio conjunto de profesores especializados en Historia de las Relaciones Internacionales recoge una amplia bibliografía sobre el tema del que se ocupa este primer capítulo. No obstante, consideramos pertinente destacar algunos títulos que bien pueden ser el comienzo de una primera aproximación a esta corriente historiográfica.

Para una aproximación preliminar al lugar de la historia en el marco general de la ciencia de la sociedad internacional remitimos a la consulta de los trabajos, ya clásicos, de A. Truyol, *La teoría de las relaciones internacionales como sociología*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid (1958); Celestino del Arenal, *Introducción a las relaciones internacionales*, Tecnos, Madrid (1987), y a la lúcida caracterización de las tendencias y debates historiográficos en el plano de la teoría de las relaciones internacionales llevada a cabo por Esther Barbé en su obra *Relaciones internacionales*, Tecnos, Madrid (1995). Asimismo, quisiéramos remitir a trabajos más recientes que afrontan los perfiles de la disciplina al hilo de los profundos cambios experimentados en las ciencias sociales y en las relaciones internacionales, en particular, al hilo del giro culturalista, entre ellos la obra de Fred Halliday *Las relaciones internacionales en un mundo en transformación*,

Catarata, Madrid (2002), y el trabajo de Kepa Sodupe *La teoría de las relaciones internacionales a comienzos del siglo XXI*, Universidad del País Vasco (2003).

La labor de P. Renouvin y J. B. Duroselle ha sido reiteradamente destacada. Entre sus obras más sobresalientes se encuentran la *Historia de las Relaciones Internacionales (siglos XIX y XX)*, Akal, Madrid (1982), y a la publicada por Duroselle *Histoire Diplomatique de 1919 à nos jours*, Dalloz, París (1990). De este último ha sido traducido en última instancia su libro *Todo imperio perecerá. Teoría sobre las relaciones internacionales*, FCE, México (1998). Por último, debemos citar el trabajo conjunto de ambos autores que se tradujo en España con el equívoco título de *Introducción a la política internacional*, Rialp, Madrid (1968).

Un buen estado de la cuestión de las diferentes historiografías europeas, y en particular de España, lo encontramos en la obra publicada por la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales *La historia de las Relaciones Internacionales: una visión desde España*, CEHRI, Madrid (1996). Perspectivas complementadas con algunos de los trabajos de J. C. Pereira, en particular «De la Historia Diplomática a la Historia de las Relaciones Internacionales: algo más que el cambio de término», en *Historia Contemporánea*, n.º 7 (1992), pp. 155-182; y más recientemente estudios que abordan tanto la perspectiva global de la Historia de las Relaciones Internacionales desde la perspectiva de las historiografías europeas como de la española en particular en el número monográfico editado por J. C. Pereira en el n.º 42 de la revista *Ayer* (2001).

Las revistas *Relations Internationales* y *Storia delle Relazioni Internazionali*, así como en España *Cuadernos de Historia Contemporánea* (Universidad Complutense), *Historia Contemporánea* (Universidad del País Vasco) y *Anales de Historia Contemporánea* (Universidad de Murcia), entre otras, nos permiten ir conociendo periódicamente el estado actual de las investigaciones y los temas que se van incorporando en el ámbito de la historia de las relaciones internacionales.